



LA MUERTE VIVA

JACOBO era el más desgraciado de todos. Amaba el campo y el sol, pero estaba metido en la ciudad, envenenado por sus noches y su mal aguardiente. Era sombrío, largo y anguloso. Había desfilado por todas las agencias de colocaciones sin conseguir jamás un empleo apropiado, un empleo que le gustara. Vivía a contramano. Probó todos los oficios sin arraigar en ninguno, hasta que, un buen día, desapareció. Nos preguntamos muchas veces qué sería de él e imaginábamos un final deplorable. Hace tres años, y después de haberlo perdido de vista durante mucho tiempo, lo encontré en una ciudad europea y todavía perdura en mí la fuerte impresión de ese encuentro. Fue así: pasaba yo por un barrio típico, atraído por los pregones de los vendedores ambulantes y los pintorescos carteles de las tiendas, cuando me detuve frente a una cochería de pompas fúnebres. En la vidriera habían improvisado una sala mortuoria. El Cristo, los cirios, las flores, el cajón. De pronto sentí una punzada en la nuca. ¡El cajón no estaba vacío! ¡Patético descubrimiento! Allí, tendido, con el olor y la inmovilidad de la muerte, vi a mi desgraciado amigo Jacobo, el más desgraciado de la pensión. Entré conmovido a la cochería, dirigiéndome a la capilla, irreverentemente expuesta al público. Al inclinarme para observar mejor el rostro de Jacobo, vi cómo éste abría los ojos, llenándose de espanto:

—No te asustes — me dijo con voz opaca, con una voz de ultratumba — no estoy muerto; trabajo de muerto. Estamos haciendo la reclame del Perfecto Velorio.

Oí sollozos y conversaciones en voz baja. Miré a mi alrededor y pude ver, sentados, en círculo, a unos veinte sujetos sombríos, a sueldo también, de la singular empresa, para propaganda del Perfecto Velorio.

Historia de un lituano

El lituano Esteban Marke había venido en la tercera de un barco. Se le podía ver en los ojos azules, el desengaño del arribo, la imposibilidad del retorno. En el Campamento de los Desocupados sólo pudo aprender una palabra en español. Una palabra que en su boca resultaba terrible, de una fuerza dramática intensa, una palabra que valía una frase, más que una frase, más que un libro: HAMBRE.

Tambaleando, aterido, lívido, sucio y desgarrado, se le veía en la plaza del Retiro, en Leandro Alem, a la puerta de los bares, acercarse a la gente y decir:

—Hambre...

Hambre, repetía al paso de las parejas. Hambre, al oído de las casas inhóspitas. Hambre.

Un día el lituano Esteban Marke anduvo vagando tranquilamente por el puerto. Recogió unas cáscaras de fruta, sentóse en una viga y estuvo mirando la línea del horizonte. Después tomó un alambre, de entre las bolsas, frente a los galpones, y se colgó de un guinche.

Era ya la noche y un cabo de la Prefectura lo descubrió, con la lengua afuera. Cuando llegaron el médico, la policía y los cronistas, lo hallaron en la misma postura grotesca. Revisaron sus bolsillos. No había documentos, ni dinero. Sólo encontraron un papel, en el que, trabajosamente, con trazos infantiles, el lituano suicida había escrito la palabra, la única palabra aprendida en el campamento y su firma: "Hambre. Esteban Marke".

El hombre y el espejo

Jerónimo Laberinto, como su nombre lo indica, era un sujeto muy complicado. Podía atravesar los espejos y desaparecer,



sin perjuicio para la luna; había descubierto la enadratura del círculo y el movimiento continuo, y había inventado una máquina de hacer dinero. Pero no tenía un céntimo y jamás hizo demostraciones en público de ninguno de sus inventos y hallazgos, por pura modestia, como él aseguraba. Lo cierto es que Jerónimo no tenía apuro ninguno, y, me temo, creía firmemente, en su vida de lanzar la mentira, que decía la verdad. Hace un año, antes de su desgracia, Jerónimo se hallaba empeñado en prolongar la juventud. Buscaba la fórmula ideal. Conocedor del

Fausto, no creía en el diablo, de ahí que persiguiera por otro camino, el feliz resultado de su investigación. Nos encontramos una vez en el mismo fumadero de la calle Colorado. Me sorprendió, no sabía que era afecto al opio. El me explicó. Acababa de leer a Claude Farrere y trataba de comprobar si, en realidad, en el opio estaba el secreto de la eterna juventud. Como tenía antecedentes policiales, le recomendé cautela, pues podía sorprenderlo una posible batida, en el fumadero.

—No hay cuidado — me dijo: — poseo la fórmula de la invisibilidad, y además puedo desaparecer metiéndome en un espejo.

En el fondo de una amplia habitación, había un gran espejo. Desde los camastros, pegados a la pared, podíamos verlo. Jerónimo lo soslayó sonriendo y yo pensé que el opio, evidentemente, comenzaba a hacer sus efectos en la naturaleza ultraimaginativa de mi amigo. Pero a las dos semanas, hallándonos una noche en el fumadero, cayó la policía. El chino avisó desde la puerta. Jerónimo dio un salto, disparando hacia el espejo. Yo recordé lo que me había dicho y lo seguí con la mirada, asombrado. Mi asombro no tuvo límite al comprobar que, efectivamente, Jerónimo se metía en el espejo, desapare-

ciendo. Pero antes de reponerme de mi sorpresa, vi al chino dirigiéndose al espejo, seguido de cuatro fumadores. Todos los cinco desaparecieron en el espejo, como Jerónimo. No pude contenerme y corrí yo también en busca del milagro. Al presionar con mi cuerpo en la luna, el espejo giró, como una puerta. Era, en realidad, una puerta falsa disimulada. Tuve una verdadera decepción. Desaparecí por el pasillo llegando a la calle en dos segundos. En el café, encontré a Jerónimo, a quien no pude convencer de que yo también había atravesado el espejo y que éste era una puerta vulgar. Jerónimo se indignó. Levantóse de su asiento, encaminándose al espejo del café, furioso, dispuesto a pasar por él para demostrarme de lo que era capaz. Pero el espejo se rompió con estrépito y Jerónimo cayó al suelo con el rostro y las manos a la miseria.

Lo llevaron al hospicio, donde está en su ambiente.

El hombre y el teléfono

Juan Pérez, a pesar de la vulgaridad de su nombre, era un tipo curioso. Entre las singulares rarezas de su vida, figuraba

El Otro Lado de la Estrella

Por Raúl González Tuñón
Ilustración de Guevara



el conocimiento de un manco que se desahucaba la corbata con la mano que le faltaba, su amistad con un general famoso del Archipiélago Malayo y el estar vinculado a un presidente centroamericano que no había sido derrocado por ninguna revolución. Tenía el tic de los telegramas. Se enviaba a sí mismo cables indecifrables relacionados con supuestas combinaciones de alto comercio. A su vez enviaba a otras personas conocidas de todo el mundo, cables que hasta llegaron a provocar lios internacionales. Hablaba de lo irreal, de lo fantástico, como de lo evidente. Era medio surrealista. Ligaba comunicaciones telefónicas, llamaba constantemente utilizando distintos nombres, dando citas simultáneas, deshaciendo amistades, provocando batidas policiales y una serie de desgracias increíbles. El juego iba a resultar fatal. Un día llamó a su casa por teléfono:

—¿Está allí el señor Juan Pérez, Perecito? — preguntó a su esposa.

—No, señor, no está — contestó la esposa.

—¿Cómo va a estar — dijo Perecito — si soy yo.

La broma le encantó y muchas veces más se llamó a sí mismo por teléfono.

El día fatal repitió la pregunta de siempre.

—¿Está allí Juan Pérez, Perecito? —

—Sí, respondió su mujer, aquí está, voy a llamarlo...

Perecito enloqueció.

Ahora, en el hospicio, trata de averiguar qué es de la vida de su amigo Juan Pérez, Perecito.

El Misterio de la Quinta "Los Mirasoles"

Por MANUEL ALCOBRE

El barómetro no ha de marcar menos de 40° a la sombra. Nosotros, mi amigo Bernardo y yo, estamos al sol, en la orilla de la laguna, aguardando que se aproxime el que nos llevará al otro lado, a las islas, encerradas entre la laguna y el Paraná.

Vamos en viaje de aventuras a la quinta "Los Mirasoles", que se encuentra en esas islas, no sabemos exactamente en qué lugar.

Nos cubre la rada sombrilla de un sauce joven. Por momentos no se mueve una sola hilacha del arbolillo y transparentamos copiosamente. En otros instantes sopla un débil viento noroeste, como vapor de horno, y entonces nos afofocamos.

¿Qué haremos para no diluirnos, mientras no arriba la embarcación? Nos alivianamos de ropa hasta ofrecer el aspecto de los primitivos habitantes de esos paisajes. Pero, si estuviéramos en los calientes, semi desnudos nos asa. Entonces utilizamos el sauce, convirtiéndolo en carpas con nuestras ropas. Así logramos ser felices.

—Este lugar — dice Bernardo — es propicio a las altas especulaciones del espíritu. Ya sabes que actualmente me ocupo en el estudio y la práctica de la fuerza de voluntad y el sentido de orientación. Mis ejercicios en ambas materias han sido tan favorables, que ya he logrado el dominio de mis reservas físicas, y puedo guiarme hacia lejanos puntos sin ninguna clase de referencias.

Voy a contestar, pero en ese momento recuerdo ciertos rumores relativos al banquero.

—Sabías — digo — que este hijo lobo de laguna tiene una fama bastante intranquilizadora?

—¡Ah! Es verdad. La gente dice que asesina a los viajeros para robarlos y luego abonar su huerta con los cadáveres.

—Eso he oído.

—Los vecinos de aldea, cuando se cansan de habladurías íntimas, inventan asesinatos misteriosos y casas encantadas.

—Las dos cosas vamos a comprobar ahora... si podemos.

Cierto. Ir a una casa de duendes como "Los Mirasoles", fundados por un sujeto con la fama de nuestro barquero, es un prólogo de aventura que puede ser la aventura misma.

—Te invito a que nos volvamos.

—En serio lo decía?

—¡Seguro!

—Pero, ¿crees que un pobre pellejo como el botero podrá hacernos algún mal?

—Más vale maña que fuerza.

Yo estoy convencido de que es falso todo lo que le atribuyen. Nuestros años en Buenos Aires tienen que habernos enseñado algo más que subir a los minutos a toda velocidad. ¡Créame, acaso, en los duendes de "Los Mirasoles"?

—Seguramente que no.

—Y por qué vas a creer entonces que este pobre diablo ha producido todo cadáver hallado por aquí?

Comprendo que, en efecto, es ridículo asustarse de un sujeto que ya no puede hacer más que sentarse en un bote y remar. Pienso también que, cuando resolvimos emprender este viaje, no nos preocupó ni el paseo ni el paisaje, sino llegar a curiosear en el misterio de "Los Mirasoles". Entonces digo:

—Tienes la certeza de que no existen fantasmas en la quinta?

—Claro, pues!

—Y si es así, ¿a qué vamos allí?

A demostrar a las gentes del pueblo que son unos perfectos idiotas.

—Y a nosotros, ¿quién nos manda a redimir de los idiotas a las gentes del pueblo?

—Esto... Bueno, mirá, voy a hacerte una revelación. Ya sabes que el propietario de "Los Mirasoles" es don Javier, y no sé si está casado o no. Anoché estuve a visitarlo y me ocurrió decirle a mi futuro suegro que se debía correr por los fantasmas. Me contestó que si me animaba, fuera yo a ver qué me sucedía. Como estaba Juanita presente, me puse en héroe y aseguré que iría a la quinta a asustar a las ánimas en persona. Don Javier me quitó toda probabilidad de estimular el viaje, diciéndome que, para demostrar que estaba en la quinta, debía traerme un durazno de cierta clase que sólo allí se cultiva. Y aquí me tenés, obligado a conseguir uno de esos malditos duraznos, a menos que me pague a pasar por cobardo.

—Si es así, te acompañaré.

Por entre los juncos de la orilla enfiló el bote. Un golpe de remos lo varó en el lado. El barquero hace esfuerzos de miopía para vernos desde la distancia de diez metros que nos separa de él. Echa pie a tierra y se viene al trocete a meterse bajo nuestro techo. Exclama:

—¡Pero vea qué inteligentes son! ¡No! ¡Lo que se les ha ocurrido, pues!

Se limpia el sudor, inspira profundamente varias veces y se queda amodorrado.

Bernardo lo despabila y le pregunta:

—¿Dónde queda la quinta "Los Mirasoles"?

—Allá nomás, en aquellos uncillitos. Unas cuantas cuadras de isla.

—¿Aquellos uncillitos que se ven casi junto al Paraná?

—Eso.

—Pero están como a tres leguas de aquí.

—No tanto, no. Parece no más.

—Bueno — dice Bernardo —, vamos a pasar la laguna. Son las cuatro de la tarde. ¿En cuánto tiempo estaremos del otro lado?

—Prontito no más. Unos cinco minutos.

Bernardo cree que esta afirmación encierra mucho optimismo.

—¿Por qué reloj mide el tiempo usted, amigo barquero?

—Ahora, por ninguno. Pero no necesito reloj. Hacen treinta y cinco años que voy y vuelvo por este charco. Recuerdo que antes los pasajeros me decían: "¡Qué tigre! ¡Ha cruzado en cinco minutos!"

—Y desde entonces, ¿cuántas primaveras han florecido?

—Muchos bagres han tragado el anzuelo, desde entonces!

—Muy bien. Supongamos que antes, cuando usted era joven, daba una remada cada segundo. Hoy que es viejo la dará cada diez.

El botero queda pensativo y luego murmura:

—¡Ajá! No había caído en eso.

—Bueno — dice Bernardo, satisfecho de su sagacidad —, vámonos yendo, que el tiempo corre y la quinta se queda donde está.

Nos embarcamos. El viejo mueve los remos con tanta na-

vez, a distancias iguales, ya basta.

Lo del sentido de la orientación no me deja convencido, y eso de hacer avanzar una y otra pierna a espacios idénticos, me conviene menos.

—Mirá, Bernardo — digo —, te invito a que retrocedamos. Tengo el pálpito de que si no nos ocurre algo grave, nos pasará a la expedición de Magallanes: vamos a volver al punto de partida, aunque nosotros sin haber descubiertos ninguna novedad geográfica.

—Veo que no tenés espíritu de aventura. ¿Sabés todas las sorpresas que podemos hallar en este viaje? Algún día podrías contar cosas extraordinarias, gracias a mi decisión.

Apenas Bernardo ha terminado de hablar, veo que se le desaparece una pierna, mientras la otra queda horizontal sobre los yuyos. Grita:

—¡Agarrame, que me hundo! Me apresuro a ayudarlo tomandolo por debajo de los brazos. Lo levanto y le aparece la pierna perdida, que sale amarillenta de un agujero de fango chirle. Con mal humor le ex-

ta y sigamos viaje.

—¿Así me gusta!

Bernardo cierra los ojos, da vueltas sobre sí mismo y luego se detiene.

—Para allá tenemos que ir — dice, indicando la dirección que señala su brazo.

Reflexiono que bien pudiera ser que acertáramos, y ya que no contamos con otra guía más segura, avanzo el primero resueltamente, abriendo a brazadas la maleza. Bernardo me sigue y repite su estribillo:

—¡No vayas a perder la línea recta!

Luego caminamos en silencio. De pronto Bernardo grita:

—¡Me mordió una víbora!

Se lleva las dos manos a una pantorrilla y exclama:

—¡Rápido! ¡Chupame la herida o me muerdo!

Lo tomo la pierna, se la levanto hasta dejarla horizontal y la saco un abrojo que tiene prendido en el pantalón.

—Estas víboras no han matado a nadie — digo.

—Cré que era una "de la cruz". Y hubiera sido fatal. Aquí abundan esos reptiles. El cincuenta por ciento de los isle-

—Ya están de vuelta?

—De vuelta dónde?

—Aquí.

—¿Y aquí qué es?

—Aquí es mi rancho y ustedes salieron de allí no más.

Miro a Bernardo y respondo:

—Entonces no estamos de vuelta, sino de vueltas.

—No es nada lindo esto para dar vueltas. ¿Cómo han llegado hasta aquí?

—Todavía no lo sabemos.

—¡Suerte han tenido! Las víboras abundan como las moscas. Al que le pica una, se acabó.

—Sólo lo picó un abrojo a éste.

—Y ahora, ¿qué van a hacer?

—Si nos cruza a la otra orilla, nos vamos para el pueblo.

Bernardo interviene:

—¡Después de haber andado tanto, nos vamos a volver? ¡No me parece!

—¡Pero, hombre! ¡Si no hemos andado nada! ¡No has oído que estamos casi en el punto de partida?

—Muy bien, pero lo peor lo hemos hecho, es decir, aprendimos a caminar por el matorral. Si el botero nos indica dónde es-

me decía: "Al peligro hay que darle la cara, porque si uno le vuelve la espalda..."

La frase se corta en su boca. Caen de bruces y casi caigo yo sobre él. Inmediatamente veo una figura humana que extiende un brazo como para arrojar algo. Me inclino instintivamente y detrás mío escucho un golpe seco, semejante al de un hachazo en un tronco. Salto hacia la sombra, que quiere huir; pero cae enredada en las zarzas. Oigo su voz:

—¡No me mate, señor!

Me valentono, agarro por el cuello al caído y le grito:

—¿Por qué nos atacaste, maldadín?

—Para asustarlos, señor.

Se acerca Bernardo.

—¿Quién es éste?

Enciende un fósforo y se lo aproxima a la cara. ¡Es el barquero!

—¡Viejo cretino! — exclama Bernardo —, ¡Así que es cierto todo lo que se dice de vos? ¡Si no fuera porque sos una momia, aquí se acababa tu historia!

Lo levantamos. Tiembla y afirma que sólo nos quería embromar, sin mala intención. No le creemos. Lo acusamos de asesinato y decimos que lo vamos a denunciar. Contesta:

—Yo no hice mal a nadie. Todos los que han muerto aquí fueron mordidos por las víboras.

—¡Bueno, viejo maldadín! — grita Bernardo —, ¡Te dejamos ir de lástima, pero te irás por los matorrales!

Le da un empujón y el viejo barquero retrocede tropezando en los arbustos espinosos, hasta que va a caer a tres metros de distancia. Se queja en voz alta:

—¡Ay! ¡que me mueren! ¡ay! ¡que me mueren!

Vamos a reanudar nuestro camino, cuando oímos gritos de verdadero terror:

—¡Me ha picado una víbora! ¡me ha picado una víbora! ¡ayúdennme! ¡ay! ¡ay!

Nos miramos asustados e intentamos correr. Yo tropiezo y caigo de rodillas. Bernardo me levanta. Luego se inclina buscando a tientas. Toma algo y dice:

—Este viejo cochino ha tendido una trampa de alambre!

Saltamos el obstáculo y corremos por el sendero. Detrás nos siguen los gritos cada vez más débiles del barquero:

—¡Que me mueren! ¡que me mueren! ¡ay! ¡ay!

La voz se apaga y entonces nos detenemos a recobrar aliento.

—Esto es toda una tragedia shakespeariana — digo —, Ahora ya no es cosa de broma. El barquero ha muerto o debe estar en agonía. Y nosotros podemos correr la misma suerte.

Comprendo que la situación es grave, pero más lo será si dudamos. Hay que llegar a "Los Mirasoles". El camino es bueno.

—¡Linda perspectiva! Lo que hemos sabido del barquero, es presagio funesto. Sospecho que en la quinta debe haber un nidal, sino de duendes, de ladrones y asesinos.

—No creo que mi futuro suegro sea tan tonto y flojo como para dejarse ocupar la casa por hombres de carne y hueso.

—Si hay duendes, tanto peor. Aparecemos en un claro. Delante nuestro se levanta un enorme caserón de aspecto lúgubre. Ladra una jauría en las distintas notas de la escala petruna.

La emoción nos enmudece. Por fin habla Bernardo:

—Esta es la quinta.

—Bien puede ser...

—Si nos torea perros, quiere decir que en la casa hay gente. Los perros no conviven con las ánimas.

Gritemos para llamar la atención de los de adentro y estamos listos para saltar a algún árbol, por si nos ataca el perrero.

—¿Cómo gritaremos? Todavía no sé cómo se llama a la gente que está dentro de una casa.

—En algunas novelas españolas he leído que gritan: "¡Ah de la casa!", gritemos así.

Ponemos las manos en bocina y llamamos a dos voces:

—¡Ah de la casa!

—No les habrán dado importancia.

Bernardo toma el picaporte. Quiero detenerlo, pero ya es tarde. Abre la puerta y ambos quedamos iluminados ante la vista entre asombrada y amenazadora de los cuatro comensales.

—Buenas noches — dice Bernardo.

No nos responden. Los cuatro se ponen de pie lentamente. Uno de ellos habla:

—¿Qué se les ofrece?

—Venimos a buscar uno de esos duraznos. Si ustedes quieren darnoslo...

Los cuatro hombres se miran y sonríen maliciosamente.

El que habló antes vuelve a decir:

—¿Así que vienen a buscar un durazno?

—Sí, señor. Si nos lo da, nos iremos de inmediato, sin interesarnos por quienes puedan ser ustedes.

—¡Ajá!

Vuelven a mirarse. Veo que uno de ellos, medio oculto detrás de otro, extrime de la cintura algo brillante.

—¡Vámonos! — digo a Bernardo.

Suena un tiro. Los cuatro se anulan hacia nosotros. Corramos la puerta de golpe y huimos a través de la casa. Detrás resuenan los pasos y las voces de nuestros perseguidores. Llegamos al exterior y corremos hacia el sendero. No lo hallamos. Los gritos de los hombres y los ladridos de la jauría nos ofuscan. Bernardo grita:

—¡Interiémonos! ¡Ya buscaremos después el camino!

Nos lanzamos a saltos sobre las matas, zigzagueando entre los árboles. En pos nuestro continúan las impreaciones. Poco a poco se hacen más lejanas, hasta que se pierden. Me detengo, miro a mi alrededor y no veo a Bernardo. Grito:

—¿Bernardo! ¡Bernardo! ¿Dónde estás?

—¡Aquí! — responde una voz distante.

—¡Ven!

—¡Voy! ¡grita para que pueda ubicarte!

Veoco:

—¡Aquí! ¡aquí! ¡aquí!

De pronto me interrumpe la voz de Bernardo. Viene de lejos y en el primer momento no sé qué dice. Fungo atención y me horrorizo:

—¡Me mordió una víbora! ¡me mordió una víbora! ¡ayúdame! ¡ay! ¡ay!

Corro desesperadamente de un lado a otro. Creo que los gritos de Bernardo llegan de un punto y cuando voy hacia allí los oigo desde otro. Al fin me detengo, jadeante. Los gritos de Bernardo se apagan:

—¡Me mueren! ¡me mueren! ¡ay! ¡ayúdame! ¡ayúdame!

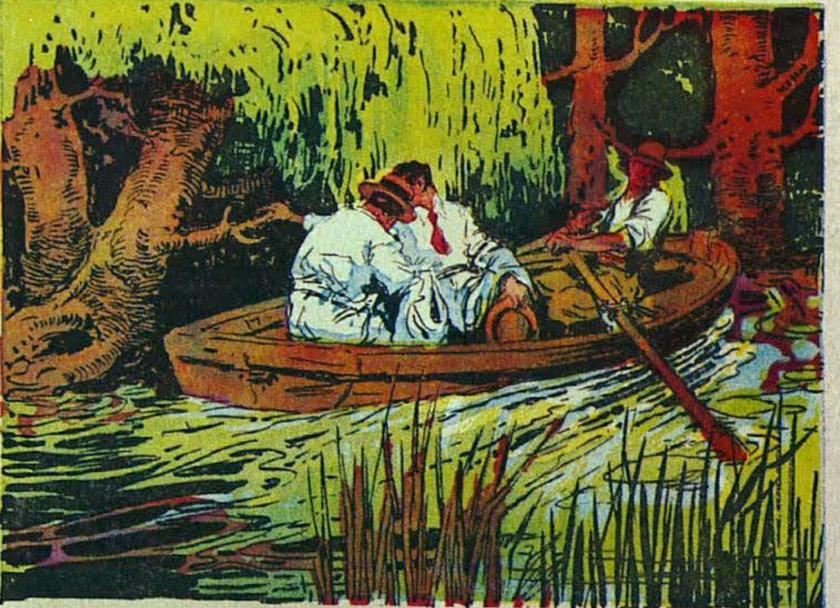
Cuando recobro el aliento, vuelvo a correr. Corro sin dirección determinada. Ya no oigo la voz de Bernardo. Me perdido el dominio de mis acciones. Avanzo y retrocedo. Voy de aquí para allá. Caigo, me levanto y corro, corro...

Abro los ojos y siento frío. Miro a mi alrededor. Estoy tendido en un lecho de agua. Por un lado brilla la planicie de la laguna; por el otro comienza la negrura de la vegetación. A varios metros veo el bote del barquero. Maquinamente me dirijo a él. Subo y remeo. No tengo clara noción de lo ocurrido.

El bote se detiene bruscamente en la orilla del pueblo. Desembarco y camino hacia el sauce que nos sirvió de carpas. Me dejo caer a su lado, cara al cielo. La inmensidad negra-azul, salpicada de estrellas, serena mi espíritu. Me siento, apoyado en la espalda en el débil tronco del sauce, y contemplo la extensión isleña, gran mancha entre el brillo de la laguna y la franja esmaltada del Paraná.

Gradualmente recupero la lucidez. Con esfuerzo, primero, y luego con facilidad, voy restaurando las escenas de la tragedia en que acabo de actuar. Como un eco lejano me alucinan las últimas voces de Bernardo. Una sensación de angustia me oprime la garganta. Inclino la cabeza y rompo a llorar.

Ilustración de PEDRO ROJAS



POR VICTOR JUAN GUILLOT
ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

movimiento de cabeza. En ese momento, sentado en tierra, medía un cuajero de polvos para volcarlo cuidadosamente en el cañón de la escopeta que sostenía entre las piernas.

Los dos obraban con calma, haciendo cada uno lo suyo, conforme a costumbres de trabajo en común convertidas ya en inmutables prácticas. Cargaba el arma, preguntó al otro: —¿Vos maneja el garrote? —Como quieras— aceptó el muchachón.

—Es mejor— afirmó el primero, quien hablaba como jefe. —Yo soy más seguro pa meniar chumbo.

Quedaron un rato en silencio. Chasqueaban, ardiendo, las ramas medio verdes; largos rizados de humo dispersábanse en el espacio.

—Si hoy agrarramos diez, hacemos tre docena de nutrijá— habló, por fin, el joven.

Al otro le brillaron los ojos de codicia.

—Pagan bien este año laj nutria.

El viejo movió la cabeza descontento: —¡Hum!... Pagar bien, pagan bien en Gueno Saire; pero do, Batista...

Y se interrumpió cenado. Lo imitó el otro, agregando después: —Agarrar el otro...

Su compañero hizo un cansado gesto de indiferencia o resignación.

—Así hacen plata lo jombré... Al cabo de un pausa, obedeciendo a quién sab: qué asociaciones mentales, o para desahogar pensamientos desagradables, se volvió, interrogante, al compañero: —Traiste la carne pal cuarraco? —La saqué del atado— respondió el muchacho.

Otra vez volvieron a sus mutismos. Sentados, agachados las cabezas sobre las rodillas, miraban, pensativos, el agua. En los árboles de enfrente, se alzó agudamente el reclamo de un pájaro y a poco la ondulante llama subía de la pequeña pira, casi invisible en la diáfana claridad del aire que la rodeaba. Después, deshecho el lío, sacó la pava, claró el tanto el agua de la resaca que la cubría y la hundió en ella, levantándola rebosante y mojada para colocala en seguida sobre el fuego.

—Mientras, la agua se va calentando— explicó quedamente. El compañero asintió con un

—Pero el campo es de lontanancia—observó el viejo. Y si vienen... —Y si vienen— balaqué el mocetón— tengo ésto y ésto. Con una mano desvainé el cuchillo, golpeando con la otra las cachas del gran revolver que le abultaba en la cintura.

—Sería cosa fea pa nosotros— reflexionó el viejo.

Inquietos, escucharon un instante. Otra vez chilló el pájaro en los árboles de la costa frontera. Por encima de sus cabezas sopló el aliento cálido del viento norte que arreaba sus ráfagas desde Corrientes.

Al cabo, se resolvieron. A una seña del viejo curvaba el pájaro con la escopeta el uno, empujando un grueso palo el otro, orillaron cautelosamente unos ochenta o cien metros. Allí, un meandro del río curvaba la costa en una especie de abra bordeada de árboles cuyas torcidas ramas empapábanse en la corriente.

Ariestráronse hasta una toca húmeda en el agua como un gran diente rojizo y espalieron. Primeramente, después otra aferraron dos cabezas bigotudas a pocos pasos. Los ojos de los animales relucían, desconfiados entre la agrisada palombré.

—Aprentate— cuchicheó el de la escopeta.

Las nutrias nadaron silenciosamente hacia la orilla. Simultáneamente sonaron el disparo de la escopeta y el garrote. Cuando se aquietó el agua, diez cuerpos aparecieron flotando; a

su alrededor, largos hilos rojos se deslizaron en el agua.

El más joven tiró las alpargatas, se arremangó las bombachas y se metió a la corriente que le llegaba hasta las corvas. Saló en seguida con las dos presas.

—Vamoj a desollarla mientras se lej pasa el susto a laj otra— dispuso el viejo.

Sin pronunciar palabra, el otro sentóse en el suelo y procedió a la operación. De un tajo abrió un gran ojal en la parte trasera de la nutria, debajo de la cola. Después tiró de los borles de la abertura hacia atrás, ayudándose tan pronto con el cabo del cuchillo como de la hoja, hasta dar vuelta la piel como un guante sobre el cuerpo sangulnolento del animal. Por fin, de un solo tirón, arrancó la piel de la cabeza y la arrojó al suelo, como una bolsa húmeda y manchada de rojo. Después repitió el procedimiento con el segundo roedor.

Entre tanto, echado de boca sobre la toca, el viejo observaba el río.

—Arrimate— susurró.

Reptando cuidadosamente, en la diestra el garrote, el compañero se colocó para operar.

De nuevo sobre la napa elástica y móvil, asomaban algunas cabezas grises que dejaban blanqueos los colmillos bajo los poblados mostachos.

Repitióse el ataque; pero en esta ocasión sólo quedó un cuerpo flotando agitadamente entre las revueltas aguas.

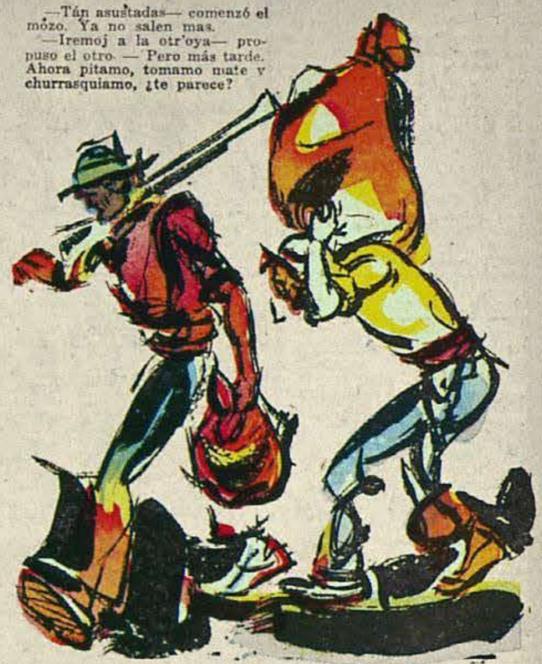
—Llévate el palo— gruñó el viejo.

Callado, el muchacho se metió al agua y sacó el animal todavía caliente y chorreado de la cabeza a la cola. De nuevo empuñó el cuchillo y recomendó el desuello.

Al cabo de tres horas había once pieles secándose a la sombra. Los hombres esperaron largamente sin que una sola cabeza de roedor rompiera la superficie de la corriente.

—Tán asustadas— comenzó el mozo. Ya no salen mas.

—Iremo a la otr'oya— propuso el otro. —Pero más tarde. Ahora pitamo, tomamo mate y churrasquiamo, ¿te parece?



HABIAN salido temprano de las casas. Desde Corrientes soplab el viento norte, cargado de ese polvillo rojizo que levanta en sus tierras ferruginosas para repararlo en forma de oftalmías entre los habitantes de la zona. Es el tiempo en que la gente de por allá saca las autiparras que guarda desde el verano anterior, para protegerse los ojos ensangrentados por la conjuntivitis. Pesaba el bochorno bajo el cielo plomizo y cercano, a través del cual tumulabábase la ennegrecedora resaca de noviembre. Dilatábase el campo en amarillentos espartillares, quemados por la abrasadora seca que ardecía la tierra hasta los más lejanos confines. El aire mismo parecía sediento en aquel ambiente de hierro. A la distancia, agachados al amparo precario de raleadas isletas de monte, algunos vacunos inmóviles, tendido el fino cuello, parecían aguardar la llegada de la muerte.

Los hombres dejaron atrás el gran plato arcilloso de un lagúnico desecado y avanzaron a paso lento, abrumados por la doble fatiga de la caligine y los bártulos cargados a cuestras. Eran dos; chicos y haraposo, enfiacados las caras bajo las barbas amarillentas, terrosos desde las grandes cabezas hasta las pies callosas de reatadas alpargatas. Eran dos; alto, descarnado, cincuentón el uno. No debía tener más de veinte años el muchachón que lo seguía, doblado de lomo bajo el peso de una gran bolsa abultada de heterogéneas cosas.

El muchachón se encogió de hombros.

—El santafecino ese trae siempre mucha prisa— replicó. Habría que verlo en una día pa saber.

—No; como hombre e jombré— corrigió el viejo.

—Todo como jombré— rezongó el muchachón. Y yo digo que si uno quiere ganarse la vida casando bicho en lagua sin bay derecho e pibirite... El río es de todos.

El muchachón miró a la barranca: —Hast'aura— contestó jocosamente— así base presente el santafecino ese.

—Mas vale...— empezó el viejo, y la palabra se lo cortó de pronto, en la anudosa expectación de la escucha.

—Me pareció otr...— resuadó pensativo.

—Animado que bajarán a la agua— explicó el otro.

—Tal vez pero... No pudo seguir. Al filo de la barranca, recordándose nítidos contra el cielo triste y grisáceo, surgieron tres hombres.

—¡La gran!...— habló rabiando el viejo. —El santafecino Lima, Lima y Galarza.

—No arrojés, Crisóstomo— alcanzó a biablisear el mocetón. —¡También como jombré, qué caray!

Hicieron un alto para darse un resuello. Respiró profundamente el viejo y levantó la cabeza, escrutando largamente el campo, primero, y el cielo, después.

—Tiempo de langosta— murmuró con desagrano.

—A lo mejor comienza de nuevo a pasar la voladora— respondió el otro.

Callaron. El más joven echó al hombro el lío que portaba y el viejo empuñó la vieja escopeta que dejara caer entre los resacas pastos.

—¡Vamos!— invitó.

—¡Vamos!— aceptó el otro.

Y resonaron la marcha.

—Las nutrias deben estar reposando en la gúita— recordó el más joven.

—Y los carpinchos— corroboró el viejo.

El monte tornábase más resaca y el gramillar verdeaba ahora a la umbría del ramaje. Acercábanse al río y en la atmósfera flotaba la frescura del agua evaporada. Ante sus ojos, grupos de árboles lozanos y exuberantes anunciaban la impenetración delauce. Reunidos, los dos hombres exigieron más al trasladado organismo y se pusieron sobre la barranca del Mocoretá. Allí abajo, refulca el agua fresca y sombría, deslizándose lentamente entre los charnales y caibales de la costa, poblada de oscuros helechos. La transición entre la atmósfera caldeada del campo abierto y el aire frío del río encajonado fué tan brusca que uno de ellos titió como si tuviera fiebre.

—¿Tomen, cebollitas, este pastel con pechuga de gansos capitolinos? ¡OH!

—Como teócritos yo digo doradas mieles y cenicientos crmellos.

—¡Pescado fresco!

—¿Les gusta? Aquí tienen una palangana de mar.

EN LA CIENAGA ABSTRACTA

—El río Amazonas tiene mucha agua. El agua es líquida. ¡AUXILIO!

—ME ESTOY HUNDIENDO EN LA PROCELOSA CIENAGA DEL DESCREIDO ELEMENTO.

—¿COMO HA CHODI? ESCRIBAN MI ÚLTIMA VOLUNTAD.

—SI SE PORTAN BIEN, VOY A COMPRAR NISPEROS Y NUCES CON MUSIQUITA.

Humilde, removiendo la tierra con la punta de la suela alpargata, el viejo intentó una disculpa: —Yo no hago daño a nadie. Loj bichos ésto no son de l'estancia...

—Y a lo jombré no se loj insulta, qué porra— intervino, rezumando soberbia, el mocetón.

Como picado por una vibora el otro se volvió, bramando: —A vos, por cogotudo no te va quedar cuero pa darle lugar a los lonjazos!

Y cambiando el revolver a la izquierda empuñó la ancha guacha de domar y avanzó sobre el muchachón, alzando el brazo.

No pudo dar ni dos pasos. Tirando desde abajo, casi sin mover la mano, el otro le hizo fuego dos veces seguidas. El hombre cayó, escupiendo una amanaza; en el suelo, tuvo coraje para incorporar y disparar a su vez. Al mismo tiempo tiró también el viejo con la escopeta y descargaron sus armas los dos acompañantes del recién llegado. Resonaron las detonaciones en la costa, dilatándose en el espacio cargado de electricidad. Mal herido y tirando el revolver ya inservible, el mocetón atropelló el cuchillo en mano. Pisó sobre las pieles mojadas y resbaló; en tierra, uno de los otros lo remató.

—¿OH! PARECE UNA NAYADE DORMITANDO SOBRE EL DORMIO DE LOS BOSQUES DE MIRTO Y LAURELES.

—ES UNA DE LAS VIRGENES DE SIRACUSA.

BOO!

TE FELICITO, ENCANTADOR GRUMETE.

LA NINFA DE JOVELLANOS

—¡OH! PARECE UNA NAYADE DORMITANDO SOBRE EL DORMIO DE LOS BOSQUES DE MIRTO Y LAURELES.

—ES UNA DE LAS VIRGENES DE SIRACUSA.

BOO!

TE FELICITO, ENCANTADOR GRUMETE.

SOBRE EL CENTAURO

—¡OH! PARECE UNA NAYADE DORMITANDO SOBRE EL DORMIO DE LOS BOSQUES DE MIRTO Y LAURELES.

—ES UNA DE LAS VIRGENES DE SIRACUSA.

BOO!

TE FELICITO, ENCANTADOR GRUMETE.

Lima se agachó sobre el mayordomo y levantóse en seguida, pálido como un difunto. Volvióse entonces a su compañero, que se iba desplomando lentamente: —Ta muerto... Y voj, hermano!

—¡Jo... robau pa toda la sanga. Pero esos pagaron la nutria con el cuero... Se desmayó. El otro lo miró un segundo y después agarró a preparar la barranca, en busca de socorro. Quedaron los cuatro cuerpos tendidos sobre el ribazo. Al cabo de un rato, cantó un pájaro en los árboles de la costa opuesta. Silenciosamente, primero una, después otra, asomaron algunas cabezas bigotudas a flor de agua. Los ojos curlios le brillaban, entre la pelumbra. El río corría calladamente bajo el firmamento opaco y gris.

—¡OH! PARECE UNA NAYADE DORMITANDO SOBRE EL DORMIO DE LOS BOSQUES DE MIRTO Y LAURELES.

—ES UNA DE LAS VIRGENES DE SIRACUSA.

BOO!

TE FELICITO, ENCANTADOR GRUMETE.

SOBRE EL CENTAURO

—¡OH! PARECE UNA NAYADE DORMITANDO SOBRE EL DORMIO DE LOS BOSQUES DE MIRTO Y LAURELES.

—ES UNA DE LAS VIRGENES DE SIRACUSA.

BOO!

TE FELICITO, ENCANTADOR GRUMETE.

SOBRE EL CENTAURO

—¡OH! PARECE UNA NAYADE DORMITANDO SOBRE EL DORMIO DE LOS BOSQUES DE MIRTO Y LAURELES.

—ES UNA DE LAS VIRGENES DE SIRACUSA.

BOO!

TE FELICITO, ENCANTADOR GRUMETE.

Lima se agachó sobre el mayordomo y levantóse en seguida, pálido como un difunto. Volvióse entonces a su compañero, que se iba desplomando lentamente: —Ta muerto... Y voj, hermano!

—¡Jo... robau pa toda la sanga. Pero esos pagaron la nutria con el cuero... Se desmayó. El otro lo miró un segundo y después agarró a preparar la barranca, en busca de socorro. Quedaron los cuatro cuerpos tendidos sobre el ribazo. Al cabo de un rato, cantó un pájaro en los árboles de la costa opuesta. Silenciosamente, primero una, después otra, asomaron algunas cabezas bigotudas a flor de agua. Los ojos curlios le brillaban, entre la pelumbra. El río corría calladamente bajo el firmamento opaco y gris.

—¡OH! PARECE UNA NAYADE DORMITANDO SOBRE EL DORMIO DE LOS BOSQUES DE MIRTO Y LAURELES.

—ES UNA DE LAS VIRGENES DE SIRACUSA.

BOO!

TE FELICITO, ENCANTADOR GRUMETE.

SOBRE EL CENTAURO

—¡OH! PARECE UNA NAYADE DORMITANDO SOBRE EL DORMIO DE LOS BOSQUES DE MIRTO Y LAURELES.

—ES UNA DE LAS VIRGENES DE SIRACUSA.

BOO!

TE FELICITO, ENCANTADOR GRUMETE.

SOBRE EL CENTAURO

—¡OH! PARECE UNA NAYADE DORMITANDO SOBRE EL DORMIO DE LOS BOSQUES DE MIRTO Y LAURELES.

—ES UNA DE LAS VIRGENES DE SIRACUSA.

BOO!

TE FELICITO, ENCANTADOR GRUMETE.

Lima se agachó sobre el mayordomo y levantóse en seguida, pálido como un difunto. Volvióse entonces a su compañero, que se iba desplomando lentamente: —Ta muerto... Y voj, hermano!

—¡Jo... robau pa toda la sanga. Pero esos pagaron la nutria con el cuero... Se desmayó. El otro lo miró un segundo y después agarró a preparar la barranca, en busca de socorro. Quedaron los cuatro cuerpos tendidos sobre el ribazo. Al cabo de un rato, cantó un pájaro en los árboles de la costa opuesta. Silenciosamente, primero una, después otra, asomaron algunas cabezas bigotudas a flor de agua. Los ojos curlios le brillaban, entre la pelumbra. El río corría calladamente bajo el firmamento opaco y gris.

—¡OH! PARECE UNA NAYADE DORMITANDO SOBRE EL DORMIO DE LOS BOSQUES DE MIRTO Y LAURELES.

—ES UNA DE LAS VIRGENES DE SIRACUSA.

BOO!

TE FELICITO, ENCANTADOR GRUMETE.

SOBRE EL CENTAURO

—¡OH! PARECE UNA NAYADE DORMITANDO SOBRE EL DORMIO DE LOS BOSQUES DE MIRTO Y LAURELES.

—ES UNA DE LAS VIRGENES DE SIRACUSA.

BOO!

TE FELICITO, ENCANTADOR GRUMETE.

SOBRE EL CENTAURO

—¡OH! PARECE UNA NAYADE DORMITANDO SOBRE EL DORMIO DE LOS BOSQUES DE MIRTO Y LAURELES.

—ES UNA DE LAS VIRGENES DE SIRACUSA.

BOO!

TE FELICITO, ENCANTADOR GRUMETE.

Lima se agachó sobre el mayordomo y levantóse en seguida, pálido como un difunto. Volvióse entonces a su compañero, que se iba desplomando lentamente: —Ta muerto... Y voj, hermano!

—¡Jo... robau pa toda la sanga. Pero esos pagaron la nutria con el cuero... Se desmayó. El otro lo miró un segundo y después agarró a preparar la barranca, en busca de socorro. Quedaron los cuatro cuerpos tendidos sobre el ribazo. Al cabo de un rato, cantó un pájaro en los árboles de la costa opuesta. Silenciosamente, primero una, después otra, asomaron algunas cabezas bigotudas a flor de agua. Los ojos curlios le brillaban, entre la pelumbra. El río corría calladamente bajo el firmamento opaco y gris.

—¡OH! PARECE UNA NAYADE DORMITANDO SOBRE EL DORMIO DE LOS BOSQUES DE MIRTO Y LAURELES.

—ES UNA DE LAS VIRGENES DE SIRACUSA.

BOO!

TE FELICITO, ENCANTADOR GRUMETE.

SOBRE EL CENTAURO

—¡OH! PARECE UNA NAYADE DORMITANDO SOBRE EL DORMIO DE LOS BOSQUES DE MIRTO Y LAURELES.

—ES UNA DE LAS VIRGENES DE SIRACUSA.

BOO!

TE FELICITO, ENCANTADOR GRUMETE.

SOBRE EL CENTAURO

—¡OH! PARECE UNA NAYADE DORMITANDO SOBRE EL DORMIO DE LOS BOSQUES DE MIRTO Y LAURELES.

—ES UNA DE LAS VIRGENES DE SIRACUSA.

BOO!

TE FELICITO, ENCANTADOR GRUMETE.

Lima se agachó sobre el mayordomo y levantóse en seguida, pálido como un difunto. Volvióse entonces a su compañero, que se iba desplomando lentamente: —Ta muerto... Y voj, hermano!

—¡Jo... robau pa toda la sanga. Pero esos pagaron la nutria con el cuero... Se desmayó. El otro lo miró un segundo y después agarró a preparar la barranca, en busca de socorro. Quedaron los cuatro cuerpos tendidos sobre el ribazo. Al cabo de un rato, cantó un pájaro en los árboles de la costa opuesta. Silenciosamente, primero una, después otra, asomaron algunas cabezas bigotudas a flor de agua. Los ojos curlios le brillaban, entre la pelumbra. El río corría calladamente bajo el firmamento opaco y gris.



EL MENSAJE EN EL RELOJ DE SOL

Un Cuento Policial

Por J. J. BELL
ILUSTRACION DE PARGAGNOLI

DURANTE muchas semanas el correo matutino del Sr. Felipe Bolsover Wingard contenía por lo general algo desagradable, pero que nunca llegó a serlo tanto como la carta, con su sobre, que ahora tenía en sus manos. Y la carta era de su primo, Felipe Marivale Wingard, el hombre a quien debía más beneficios y a quien odiaba más que a nadie en el mundo. Ciertamente la carta estaba quizá fuera de lugar en la correspondencia de un caballero; pero era extraño que nunca se le hubiera ocurrido a Bolsover (como lo llamaban para distinguirlo del otro Felipe), que hacía ya tiempo había perdido sus últimos derechos al calificativo de caballero.

La carta estaba fechada en la residencia del otro Felipe, situada a orillas del río, y contenía lo siguiente:
Primo Bolsover: Me doy cuenta con el presente un pedido de una mujer hondamente ofendida, a quien parece le diste mi nombre, en vez del tuyo. Esto termina nuestra relación. Si insistes en alguna otra razón, sólo mencionaría yo tu falsificación de mi nombre en una cuenta de \$ 500 (\$ 6.000), hecho de que también tuve noticia esta mañana. Ante estos dos crímenes, no val la pena acordarte que por siete años traté de creer en tí y de ayudarte materialmente.

Recibirás esta por la mañana, y te doy cuarenta y ocho horas para salir de este país. Dentro de ese plazo hay vapor para Sudáfrica. Mi banquero recibió instrucciones de pagarte \$ 500, la mitad de las cuales mandará a quien escribió la carta que va incluida aquí. Bajo esa condición, y mientras quedas en el extranjero, tu falsificación será un secreto mío. Esta es tu última oportunidad.
Felipe Marivale Wingard.

Bolsover, sufriendo un mal estar casi físico, volvió a leer la carta. La otra, incluida, no le preocupó, sino en cuanto pagarle tener que costarle \$ 250. Pero el descubrimiento de su falsificación lo turbó, pues no estaba preparado para ello: ni sabía que el prestamista mostraría la cuenta a su primo, la que tenía un plazo de seis semanas. ¡Qué mala suerte infernal!

Bolsover leyó la carta por tercera vez buscando algún vislumbre de esperanza, alguna vía de escape. Hasta entonces había considerado a su primo como tipo blando, crédulo y fácil de persuadir; pero cada palabra de la carta parecía indicar un corazón endurecido, una mente hecha implacable.

¡Qué tonto era Felipe! No le ocurrió a Bolsover entonces que todos esos siete años había vivido engañándolo. Y lo más insoportable era que si Felipe no hubiera un penique en el mundo, él, Bolsover, estaría en el lugar de Felipe hoy! Eso era en verdad la raíz del odio que se plantó con el desengaño y se nutrió desde el principio con envidia y avaricia, y últimamente también con penas y celos, desde que Felipe se había ganado el mundo es el jugador más abandonado de la suerte.
Una sirvienta vino para desocupar la mesa.

— ¡No está bien esta mañana, Sr. Wingard! — comentó Bolsover, que vivía desde largos meses en un hotel privado; había sido bastante generoso en sus propinas.
— ¡Sintiendo el calor — contestó, enjugándose la frente. Es mucho calor para primavera. Adivino una tormenta pronto.
— ¡Quiere más café, o prefiere té?
— Gracias, tengo que salir ahora.
Quizás agradable la interrupción.
El Banco de su primo se encontraba en el Strand. Sintiendo el frío, Bolsover tomó un taxi. Él era conocido en el Banco, las instrucciones de su primo fueron cumplidas, y se le entregó el dinero sin demora. Quizás exageró su contento, como pensó después, viendo su firma temblorosa en el recibo.
— Parece que hubiera pasado mala noche — observó, mientras devolvía el papel al solemne cajero.
Mientras la puerta oscilaba tras él, se llamó tonto y se enjugó la cara.
Almorzó sin apuro en hora de acostumbrada por lo temprano. Hizo preceder la comida por un par de cocktails, la acompañó con champagne y la terminó con un licor. Se sintió mucho mejor, aunque fastidiado por una insolita tendencia a transpirar por demás.
Cuando dejó el restaurant, esa tendencia se acentuó, tanto que temió llamar la atención, y otra vez más, tomó un taxi, ordenando ir hacia Kensington, y un poco más tarde se sentaba en una parte umbrosa de los jardines de Kensington.
Había querido estar lejos de la

gente. Por un rato se sintió cómodo físicamente, y casi también en su mente. Ahora tenía mucha esperanza que Felipe escribiría lo poco razonable de los términos de su carta, que era claro había sido escrita con precipitación. Después de todo, sus deudas no sumaban más de 6.000 libras, bueno, digamos 7.000, una cantidad que apenas molestaría a su primo para pagarla, y más aún cuando no se requería toda de una vez ni en seguida. No había duda que al principio Felipe se revelaría, y le haría un severo sermón, pero al fin capitularía. ¡Oh, sí, había sido una mañana negra, pero a media noche habría otro cuento que contar. Bolsover fumó uno o dos cigarrillos, cedió a una agradable melancolía y se adormeció.
Se despertó pesadamente, con la cabeza acalorada y reseca, y una gran depresión de ánimo. Necesitaba beber. Miró su reloj y eran solo las cuatro y media. Su hotel, sin embargo, no estaba distante, y allí fue, a pie.
El portero le presentó una letra urgente que había llegado a mediodía. La escritura le era familiar y Bolsover no se alegró de verla. En su cuarto se sirvió un brandy antes de abrir la carta — un aviso brusco de que una suma bastante crecida debía estar paga al mediodía siguiente. Esto obró como irritante potente y le trajo el mudo frenesí contra las cosas y las personas que lo había sacudido por la mañana.
Bebió otra copa más, y luego su fogosa ira contra la fortuna cedió el lugar al viejo odio disimulado contra su primo, que ahora parecía bloquearle el camino hacia la salvación. Abrió con llave una gaveta, y por largo rato se sentó a contemplar lo que contenía: un revólver que había comprado hacía mucho, la víspera de un viaje, y un paquete de cartuchos, sin abrir. Se vio a sí mismo al lado del reloj de sol en el jardín de Felipe, con el arma cargada en el bolsillo. Vió a Felipe que venía en la oscuridad desde la casa llena de luz y música. Y entonces empezó a darse cuenta que la casa no estaba tan lejos, e imaginó cómo el tiro del revólver estremecería la noche. Debía pensar en otro método, concluyó, mientras cerraba la gaveta, y se dirigió a la botella otra vez.

Erán cerca de las siete cuando salió. Parecía que debería estar borracho, pero en apariencia entró bien fresco al negocio de cuacillería en el barrio de Paddington. Explicó que iba al extranjero en una expedición de caza mayor, y necesitaba algo como un cuchillo con vaina. Esto se le proveyó, y con el paquete volvió al hotel.
Después de cenar se vistió, no sin cuidado. La botella de brandy le tentó, pero apartó el vivo deseo con una dosis muy diluida. Tomó el tren para una estación a la orilla del río, y luego un coche para los tres kilómetros restantes. A las cinco menos diez estaba en la tierra de su primo.
El antiguo reloj de sol estaba en el centro de una rosaleda separada de la casa por un amplio camino, un espacio con césped y una senda, y rodeada por altos setos. Más allá del fondo de la rosaleda había una faja de yuyos, y luego el río.
La noche era muy oscura; la atmósfera sofocante. Le pareció a Bolsover, en acecho del reloj de sol, que la tormenta podía estallar en cualquier momento, y su ansiedad era intensa por si el diluvio impediría la venta de Felipe. Aunque el cuchillo estaba pronto en el bolsillo de su capa, se repelía continuamente que nunca lo usaría sino como amenaza; que sólo lo había traído para robustecer su coraje y su finalidad. Aparte de los efectos del alcohol, el hombre no estaba con la mente muy sana. Una tormenta cerebral era tan inminente como la tormenta atmosférica.
Acomodándose, atisbando, veía el por sobre el seto el resplandor de las ventanas abiertas, sin vagamente la charla y la risa de

sol y se detuvo frente a su primo.
— ¡Así que viniste, a pesar de mi advertencia! — dijo.
— Felipe, vine a pedir...
— ¡No pidas nada! ¡Sacate el dinero del Banco!
— ¡Sí, gracias.
— ¡Le mandaste la mitad a la mujer?
— ¡Sí, mintió Bolsover, dájame explicarte...
— ¡No! — el otro interrumpió.
— Te voy a decir porque vine aquí. Decidí dejarte quinientas libras más, lo que te dará facilidad para extractarte donde quieras, en el extranjero. Las recibirás en cuanto yo tenga tu nueva dirección. Pero quiero tu firma en una promesa de que por cinco años no tratarás de volver a este país sin mi permiso.
— ¡Quieres firmar?
— Nadie es tan infame que no pueda sentirse ofendido. Bolsover se ofendió y otra vez el mudo frenesí se apoderó de él.
— ¡Vamos — dijo Felipe, poniendo una hoja de papel de carta sobre la lisa mesa de granito.

— ¡Aquí hay una simple promesa escrita por mí — no hay que decir que todo entre nosotros queda en privado — y aquí hay una pluma. Yo tendré un fósforo mientras firmas. ¡Vamos, hombre, si no deseas que nos descubran!
Bolsover, con su diestra en el bolsillo giró hasta ponerse contra el brazo izquierdo de su primo.
— Toma la pluma — dijo Felipe.
— ¡Un momento — repuso Bolsover con voz espesa. — Dió un paso hacia atrás, levantó el brazo y hundió el cuchillo entre las espaldas de Felipe. En ese instante sintió como una náusea de asombro ante la facilidad con que penetró la hoja; en el instante siguiente se retiró, teniendo el cuchillo lejos de sí hasta donde podía, y miró.

salía ningún son. Los más entusiastas bogadores habían olido la tormenta cercana. Con cuidado Bolsover ajustó el cuchillo en su vaina y lo tiró lejos a la oscuridad. Hizo trizas el papel y lo desparpamó en el agua negra. Lentamente se fueron a la deriva.
Haciendo un gran rodeo alcanzó Bolsover el camino principal hacia la casa, y deliberadamente llegó hasta la puerta. El sirviente que lo atendió lo conocía bien como primo de su amo, y lo recibió como a invitado tardío; si notó su palidez, eso no le interesó.
Y la palidez no era tan extrema. Bolsover representaba un papel ahora, y con tal ahínco, que en cierta medida olvidaba por qué lo representaba.
Antes de mucho estaba entre los invitados, saludando sus conocidos, explicando que acababa de llegar y que buscaba al dueño de casa, su primo. Un cura, amigo particular de Felipe, que nunca gustó a Bolsover, observó que creía haber visto a Felipe salir por la ventana de la biblioteca, hacía unos diez minutos antes.
— Parece que siente el calor, señor Wingard — agregó.
— Tiene un aire torvo.
— ¡Sí, tengo que beber algo — Bolsover contestó algo bruscamente — e iba a hacerlo, cuando una muchacha, que con su pareja se había alejado hasta la rosaleda, corrió hacia el gran salón, gritando que el señor Wingard yacía al lado del reloj de sol, muerto — ¡asesinado!
Eso llegaba antes de lo que hubiera deseado él, y por un momento quedó aterrado; pero, según correspondía para el caso, fue el primero que recobró su sangre fría, y como era su deber natural, procedió a asumir funciones directivas, ordenando a un sirviente que telefonara a un médico y a la policía, y pidiendo a varios de los hombres presentes que lo acompañaran al lugar del suceso, con elementos de primeros auxilios, en caso que hubiera aún vida que salvar.
— ¡Necesitamos luz! — gritó el señor Minn, el cura, cuya compañía no había demandado Bolsover. — ¡Voy a buscar mi linterna de bolsillo, en mi sobretodo!
Se trajeron varias linternas, y el grupo se dirigió a toda prisa a la rosaleda. El joven cuya pareja había traído la alarma a la casa, les vino al encuentro para prepararlos a un horrible espectáculo.
— ¡Estaba apenas vivo cuando lo hallamos, pero ya se fue — agregó el joven. — ¡Vienen ustedes, pero acabé todos mis fósforos.
— ¡Habla algo! — preguntó el cura, mientras los otros rodeaban el reloj de sol.
— ¡Oh, no; ni traté de hacerlo, pobre muchacho! Sin embargo, me parece que quería hacer señas.
— ¡Cómo?
— ¡Hacia el reloj de sol, arriba de él. Y luego quedó muerto, en mis brazos. ¡Cielos, estoy todo ensangrentado!
— ¡Vaya a tu casa y tome whisky — dijo el cura con simpatía. — Pero espere un momento. ¿Miró usted el reloj de sol? ¿Y no vio allí nada insolito?
— ¡Sangre, y una pluma fuente. — ¡Estaba al lado del puntero, como señalándolo.
— ¡La sacó usted?
— ¡No la toqué. Es de oro con una piedra verde en el extremo.
— ¡Es la suya — dijo el señor Minn. — ¡Qué significa! Bueno, no espere más, señor Marshall. Creo que encontrará abierta la ventana de la biblioteca; puede entrar por ella y llamar con un sirviente, que le traiga su sobretodo para tapar las manchas. ¡Esto es terrible! El buen cura dijo salido a su emoción. ¡Pobre Felipe, mi gran amigo y el mejor de los hombres!
Luego se acercó al grupo. Bolsover hablaba:
— ¡Yo quería que lo llevara a casa; pero ¿podemos

reciendo un desastre humano. Pero cuando se apartó de la tumba, lo peor había pasado ya. ¡Estaba en salvo! Sólo un deber quedaba por cumplir: su presencia a la lectura del testamento. No era una gran reunión, y Bolsover era el menos interesado de los presentes. El testamento databa de cinco años atrás. Bolsover, con los ojos casi cerrados por sus pesados párpados, oía con indiferencia hasta que...
— ¡Y a mi primo y amigo, Felipe Bolsover Wingard, la suma de cincuenta mil libras esterlinas, libres de impuesto sucesorio.
Casi se desmayó. Fue el señor Minn, el cura, quien le trajo de beber.
Se había preparado un lunch para los participantes del duelo, pero Bolsover pidió que lo excusaran. Se sentía muy lejos de estar bien, dijo, y deseaba consultar a su médico en la ciudad, sin demora.
— ¡Creo que tiene razón, señor Wingard — dijo el señor Minn, con bondad. — Usted parece enfermo, y no es para menos. Pero antes que se vaya, yo le pediría unos pocos minutos de conversación. Vamos a la rosaleda, donde no nos molestarán.
— ¡Muy bien — consentió Bolsover. — Había esperado nunca más entrar a la rosaleda, pero no vío cómo podía, razonablemente, negarse a ello ahora. Da cualquier modo, sería la tortura final.
En silencio cruzaron el césped y el pasaje en el seto. En silencio también, pues Bolsover no tenía voz para protestar, llegaron al reloj de sol.
El señor Minn se desabrió y dijo:
— Como la lluvia de Dios Todopoderoso lavó todos los signos de esta tragedia, así puede su infinita bondad lavar el pecado que la causó. Amén.
Se cubrió de nuevo y miró con suavidad y con gravedad a Bolsover.
— Señor Wingard, quiero mostrarle algo, quiero mostrarle el último pensamiento de Felipe antes de morir. Diciendo así, sacó su libreta y un lápiz rojo.
— ¡Los números! — murmuró Bolsover, intrigado.
— ¡Sí — replicó el señor Minn — y procedió a copiarlos con cuidado de la página a la piedra. Así:
— Como la lluvia de Dios Todopoderoso lavó todos los signos de esta tragedia, así puede su infinita bondad lavar el pecado que la causó. Amén.
Se cubrió de nuevo y miró con suavidad y con gravedad a Bolsover.
— Señor Wingard, quiero mostrarle algo, quiero mostrarle el último pensamiento de Felipe antes de morir. Diciendo así, sacó su libreta y un lápiz rojo.
— ¡Los números! — murmuró Bolsover, intrigado.
— ¡Sí — replicó el señor Minn — y procedió a copiarlos con cuidado de la página a la piedra. Así:
— Es extraño — dijo Minn, agregando un toque al "3", que la verdad no nos saltó a la vista en seguida. No se me ocurrió hasta esta mañana. Y sin embargo, si hacemos conexiones a la caligrafía de un hombre que se muere rápidamente con dolores, luchando por escribir en la oscuridad, la cosa se pone clara como el día.
— ¡Para mí, no — dijo Bolsover espasmo; pero, usted sabe, estoy agotado y...
— Sólo un minuto más — dijo el señor Minn suavemente. — Quiero decirle nada más que esos signos no eran números de ningún modo.
— ¡Estuvimos todos ciegos, pero ahora vemos claro. Observe que el "1" y el "3" están más juntos que los otros números. Pero júntelos bien, y entonces tenemos una "B".
El señor Minn dibujó una "B" despatarrada sobre el reloj de sol. Luego el cura se vuelve una "O", y lo que tomamos por un seis, es realmente una "L"; vea, las pongo después de la "B" y lo que podía ser bien un ocho, debe aceptarse ahora como una "S"; ¡así! Luego tenemos otra "O", y luego, la mayor parte de una "V" y aquí se rompió la punta de la pluma, o falló la mano. Pero seguro, bien seguro que hay ya bastante, señor Wingard, para mostrarle a usted el último pensamiento, o mensaje, de su primo."
Sobre la faz del reloj de sol aparecían, escritas en escarlata por el señor Minn, estas dos líneas:
Bolsov(er)
Por la cara de Bolsover, se muda contemplación ante ellas, vino una sombra griscea.
El señor Minn, en atento acecho, levantó su mano izquierda con un esfuerzo, mientras su propio semblante palidecía.
Siguió lo que le parecía larguísimo silencio. Luego, de repente, Bolsover levantó su rostro, con una mirada acorralada y espantosa. Su mirada buscó el pasaje en el seto del frente, luego huyó al pasaje del seto del fondo. En cada pasaje estaba un hombre corpulento, un desconocido.
"El cura se enjugó los ojos.
"Amigo mío", dijo con suavidad, "rezaré por usted".

— ¡Aquí hay una simple promesa escrita por mí — no hay que decir que todo entre nosotros queda en privado — y aquí hay una pluma. Yo tendré un fósforo mientras firmas. ¡Vamos, hombre, si no deseas que nos descubran!
Bolsover, con su diestra en el bolsillo giró hasta ponerse contra el brazo izquierdo de su primo.
— Toma la pluma — dijo Felipe.
— ¡Un momento — repuso Bolsover con voz espesa. — Dió un paso hacia atrás, levantó el brazo y hundió el cuchillo entre las espaldas de Felipe. En ese instante sintió como una náusea de asombro ante la facilidad con que penetró la hoja; en el instante siguiente se retiró, teniendo el cuchillo lejos de sí hasta donde podía, y miró.

salía ningún son. Los más entusiastas bogadores habían olido la tormenta cercana. Con cuidado Bolsover ajustó el cuchillo en su vaina y lo tiró lejos a la oscuridad. Hizo trizas el papel y lo desparpamó en el agua negra. Lentamente se fueron a la deriva.
Haciendo un gran rodeo alcanzó Bolsover el camino principal hacia la casa, y deliberadamente llegó hasta la puerta. El sirviente que lo atendió lo conocía bien como primo de su amo, y lo recibió como a invitado tardío; si notó su palidez, eso no le interesó.
Y la palidez no era tan extrema. Bolsover representaba un papel ahora, y con tal ahínco, que en cierta medida olvidaba por qué lo representaba.
Antes de mucho estaba entre los invitados, saludando sus conocidos, explicando que acababa de llegar y que buscaba al dueño de casa, su primo. Un cura, amigo particular de Felipe, que nunca gustó a Bolsover, observó que creía haber visto a Felipe salir por la ventana de la biblioteca, hacía unos diez minutos antes.
— Parece que siente el calor, señor Wingard — agregó.
— Tiene un aire torvo.
— ¡Sí, tengo que beber algo — Bolsover contestó algo bruscamente — e iba a hacerlo, cuando una muchacha, que con su pareja se había alejado hasta la rosaleda, corrió hacia el gran salón, gritando que el señor Wingard yacía al lado del reloj de sol, muerto — ¡asesinado!
Eso llegaba antes de lo que hubiera deseado él, y por un momento quedó aterrado; pero, según correspondía para el caso, fue el primero que recobró su sangre fría, y como era su deber natural, procedió a asumir funciones directivas, ordenando a un sirviente que telefonara a un médico y a la policía, y pidiendo a varios de los hombres presentes que lo acompañaran al lugar del suceso, con elementos de primeros auxilios, en caso que hubiera aún vida que salvar.
— ¡Necesitamos luz! — gritó el señor Minn, el cura, cuya compañía no había demandado Bolsover. — ¡Voy a buscar mi linterna de bolsillo, en mi sobretodo!
Se trajeron varias linternas, y el grupo se dirigió a toda prisa a la rosaleda. El joven cuya pareja había traído la alarma a la casa, les vino al encuentro para prepararlos a un horrible espectáculo.
— ¡Estaba apenas vivo cuando lo hallamos, pero ya se fue — agregó el joven. — ¡Vienen ustedes, pero acabé todos mis fósforos.
— ¡Habla algo! — preguntó el cura, mientras los otros rodeaban el reloj de sol.
— ¡Oh, no; ni traté de hacerlo, pobre muchacho! Sin embargo, me parece que quería hacer señas.
— ¡Cómo?
— ¡Hacia el reloj de sol, arriba de él. Y luego quedó muerto, en mis brazos. ¡Cielos, estoy todo ensangrentado!
— ¡Vaya a tu casa y tome whisky — dijo el cura con simpatía. — Pero espere un momento. ¿Miró usted el reloj de sol? ¿Y no vio allí nada insolito?
— ¡Sangre, y una pluma fuente. — ¡Estaba al lado del puntero, como señalándolo.
— ¡La sacó usted?
— ¡No la toqué. Es de oro con una piedra verde en el extremo.
— ¡Es la suya — dijo el señor Minn. — ¡Qué significa! Bueno, no espere más, señor Marshall. Creo que encontrará abierta la ventana de la biblioteca; puede entrar por ella y llamar con un sirviente, que le traiga su sobretodo para tapar las manchas. ¡Esto es terrible! El buen cura dijo salido a su emoción. ¡Pobre Felipe, mi gran amigo y el mejor de los hombres!
Luego se acercó al grupo. Bolsover hablaba:
— ¡Yo quería que lo llevara a casa; pero ¿podemos

reciendo un desastre humano. Pero cuando se apartó de la tumba, lo peor había pasado ya. ¡Estaba en salvo! Sólo un deber quedaba por cumplir: su presencia a la lectura del testamento. No era una gran reunión, y Bolsover era el menos interesado de los presentes. El testamento databa de cinco años atrás. Bolsover, con los ojos casi cerrados por sus pesados párpados, oía con indiferencia hasta que...
— ¡Y a mi primo y amigo, Felipe Bolsover Wingard, la suma de cincuenta mil libras esterlinas, libres de impuesto sucesorio.
Casi se desmayó. Fue el señor Minn, el cura, quien le trajo de beber.
Se había preparado un lunch para los participantes del duelo, pero Bolsover pidió que lo excusaran. Se sentía muy lejos de estar bien, dijo, y deseaba consultar a su médico en la ciudad, sin demora.
— ¡Creo que tiene razón, señor Wingard — dijo el señor Minn, con bondad. — Usted parece enfermo, y no es para menos. Pero antes que se vaya, yo le pediría unos pocos minutos de conversación. Vamos a la rosaleda, donde no nos molestarán.
— ¡Muy bien — consentió Bolsover. — Había esperado nunca más entrar a la rosaleda, pero no vío cómo podía, razonablemente, negarse a ello ahora. Da cualquier modo, sería la tortura final.
En silencio cruzaron el césped y el pasaje en el seto. En silencio también, pues Bolsover no tenía voz para protestar, llegaron al reloj de sol.
El señor Minn se desabrió y dijo:
— Como la lluvia de Dios Todopoderoso lavó todos los signos de esta tragedia, así puede su infinita bondad lavar el pecado que la causó. Amén.
Se cubrió de nuevo y miró con suavidad y con gravedad a Bolsover.
— Señor Wingard, quiero mostrarle algo, quiero mostrarle el último pensamiento de Felipe antes de morir. Diciendo así, sacó su libreta y un lápiz rojo.
— ¡Los números! — murmuró Bolsover, intrigado.
— ¡Sí — replicó el señor Minn — y procedió a copiarlos con cuidado de la página a la piedra. Así:
— Como la lluvia de Dios Todopoderoso lavó todos los signos de esta tragedia, así puede su infinita bondad lavar el pecado que la causó. Amén.
Se cubrió de nuevo y miró con suavidad y con gravedad a Bolsover.
— Señor Wingard, quiero mostrarle algo, quiero mostrarle el último pensamiento de Felipe antes de morir. Diciendo así, sacó su libreta y un lápiz rojo.
— ¡Los números! — murmuró Bolsover, intrigado.
— ¡Sí — replicó el señor Minn — y procedió a copiarlos con cuidado de la página a la piedra. Así:
— Es extraño — dijo Minn, agregando un toque al "3", que la verdad no nos saltó a la vista en seguida. No se me ocurrió hasta esta mañana. Y sin embargo, si hacemos conexiones a la caligrafía de un hombre que se muere rápidamente con dolores, luchando por escribir en la oscuridad, la cosa se pone clara como el día.
— ¡Para mí, no — dijo Bolsover espasmo; pero, usted sabe, estoy agotado y...
— Sólo un minuto más — dijo el señor Minn suavemente. — Quiero decirle nada más que esos signos no eran números de ningún modo.
— ¡Estuvimos todos ciegos, pero ahora vemos claro. Observe que el "1" y el "3" están más juntos que los otros números. Pero júntelos bien, y entonces tenemos una "B".
El señor Minn dibujó una "B" despatarrada sobre el reloj de sol. Luego el cura se vuelve una "O", y lo que tomamos por un seis, es realmente una "L"; vea, las pongo después de la "B" y lo que podía ser bien un ocho, debe aceptarse ahora como una "S"; ¡así! Luego tenemos otra "O", y luego, la mayor parte de una "V" y aquí se rompió la punta de la pluma, o falló la mano. Pero seguro, bien seguro que hay ya bastante, señor Wingard, para mostrarle a usted el último pensamiento, o mensaje, de su primo."
Sobre la faz del reloj de sol aparecían, escritas en escarlata por el señor Minn, estas dos líneas:
Bolsov(er)
Por la cara de Bolsover, se muda contemplación ante ellas, vino una sombra griscea.
El señor Minn, en atento acecho, levantó su mano izquierda con un esfuerzo, mientras su propio semblante palidecía.
Siguió lo que le parecía larguísimo silencio. Luego, de repente, Bolsover levantó su rostro, con una mirada acorralada y espantosa. Su mirada buscó el pasaje en el seto del frente, luego huyó al pasaje del seto del fondo. En cada pasaje estaba un hombre corpulento, un desconocido.
"El cura se enjugó los ojos.
"Amigo mío", dijo con suavidad, "rezaré por usted".

sol y se detuvo frente a su primo.
— ¡Así que viniste, a pesar de mi advertencia! — dijo.
— Felipe, vine a pedir...
— ¡No pidas nada! ¡Sacate el dinero del Banco!
— ¡Sí, gracias.
— ¡Le mandaste la mitad a la mujer?
— ¡Sí, mintió Bolsover, dájame explicarte...
— ¡No! — el otro interrumpió.
— Te voy a decir porque vine aquí. Decidí dejarte quinientas libras más, lo que te dará facilidad para extractarte donde quieras, en el extranjero. Las recibirás en cuanto yo tenga tu nueva dirección. Pero quiero tu firma en una promesa de que por cinco años no tratarás de volver a este país sin mi permiso.
— ¡Quieres firmar?
— Nadie es tan infame que no pueda sentirse ofendido. Bolsover se ofendió y otra vez el mudo frenesí se apoderó de él.
— ¡Vamos — dijo Felipe, poniendo una hoja de papel de carta sobre la lisa mesa de granito.

reciendo un desastre humano. Pero cuando se apartó de la tumba, lo peor había pasado ya. ¡Estaba en salvo! Sólo un deber quedaba por cumplir: su presencia a la lectura del testamento. No era una gran reunión, y Bolsover era el menos interesado de los presentes. El testamento databa de cinco años atrás. Bolsover, con los ojos casi cerrados por sus pesados párpados, oía con indiferencia hasta que...
— ¡Y a mi primo y amigo, Felipe Bolsover Wingard, la suma de cincuenta mil libras esterlinas, libres de impuesto sucesorio.
Casi se desmayó. Fue el señor Minn, el cura, quien le trajo de beber.
Se había preparado un lunch para los participantes del duelo, pero Bolsover pidió que lo excusaran. Se sentía muy lejos de estar bien, dijo, y deseaba consultar a su médico en la ciudad, sin demora.
— ¡Creo que tiene razón, señor Wingard — dijo el señor Minn, con bondad. — Usted parece enfermo, y no es para menos. Pero antes que se vaya, yo le pediría unos pocos minutos de conversación. Vamos a la rosaleda, donde no nos molestarán.
— ¡Muy bien — consentió Bolsover. — Había esperado nunca más entrar a la rosaleda, pero no vío cómo podía, razonablemente, negarse a ello ahora. Da cualquier modo, sería la tortura final.
En silencio cruzaron el césped y el pasaje en el seto. En silencio también, pues Bolsover no tenía voz para protestar, llegaron al reloj de sol.
El señor Minn se desabrió y dijo:
— Como la lluvia de Dios Todopoderoso lavó todos los signos de esta tragedia, así puede su infinita bondad lavar el pecado que la causó. Amén.
Se cubrió de nuevo y miró con suavidad y con gravedad a Bolsover.
— Señor Wingard, quiero mostrarle algo, quiero mostrarle el último pensamiento de Felipe antes de morir. Diciendo así, sacó su libreta y un lápiz rojo.
— ¡Los números! — murmuró Bolsover, intrigado.
— ¡Sí — replicó el señor Minn — y procedió a copiarlos con cuidado de la página a la piedra. Así:
— Como la lluvia de Dios Todopoderoso lavó todos los signos de esta tragedia, así puede su infinita bondad lavar el pecado que la causó. Amén.
Se cubrió de nuevo y miró con suavidad y con gravedad a Bolsover.
— Señor Wingard, quiero mostrarle algo, quiero mostrarle el último pensamiento de Felipe antes de morir. Diciendo así, sacó su libreta y un lápiz rojo.
— ¡Los números! — murmuró Bolsover, intrigado.
— ¡Sí — replicó el señor Minn — y procedió a copiarlos con cuidado de la página a la piedra. Así:
— Es extraño — dijo Minn, agregando un toque al "3", que la verdad no nos saltó a la vista en seguida. No se me ocurrió hasta esta mañana. Y sin embargo, si hacemos conexiones a la caligrafía de un hombre que se muere rápidamente con dolores, luchando por escribir en la oscuridad, la cosa se pone clara como el día.
— ¡Para mí, no — dijo Bolsover espasmo; pero, usted sabe, estoy agotado y...
— Sólo un minuto más — dijo el señor Minn suavemente. — Quiero decirle nada más que esos signos no eran números de ningún modo.
— ¡Estuvimos todos ciegos, pero ahora vemos claro. Observe que el "1" y el "3" están más juntos que los otros números. Pero júntelos bien, y entonces tenemos una "B".
El señor Minn dibujó una "B" despatarrada sobre el reloj de sol. Luego el cura se vuelve una "O", y lo que tomamos por un seis, es realmente una "L"; vea, las pongo después de la "B" y lo que podía ser bien un ocho, debe aceptarse ahora como una "S"; ¡así! Luego tenemos otra "O", y luego, la mayor parte de una "V" y aquí se rompió la punta de la pluma, o falló la mano. Pero seguro, bien seguro que hay ya bastante, señor Wingard, para mostrarle a usted el último pensamiento, o mensaje, de su primo."
Sobre la faz del reloj de sol aparecían, escritas en escarlata por el señor Minn, estas dos líneas:
Bolsov(er)
Por la cara de Bolsover, se muda contemplación ante ellas, vino una sombra griscea.
El señor Minn, en atento acecho, levantó su mano izquierda con un esfuerzo, mientras su propio semblante palidecía.
Siguió lo que le parecía larguísimo silencio. Luego, de repente, Bolsover levantó su rostro, con una mirada acorralada y espantosa. Su mirada buscó el pasaje en el seto del frente, luego huyó al pasaje del seto del fondo. En cada pasaje estaba un hombre corpulento, un desconocido.
"El cura se enjugó los ojos.
"Amigo mío", dijo con suavidad, "rezaré por usted".

Museo de la Confusión



En el diario El Debate, de Gualeguaychú, con fecha 11 de setiembre apareció una poesía titulada Raquel, La Meicana que murió en Madrid. En una de las cuartetas se informa:

POR

Anímula Vágula

Yo solía leerle mis versos orientales, y ella se dormitaba, junto a mi corazón.

Si en lugar de los versos orientales se hubiera dedicado a la lectura de alguna diéresis o sinalefa de La Maestra Normal o de cualquier poema de Garigarita Abella Caproni, hubiera obtenido con seguridad para la oyeite un justiciero y profundo sueño, pero con las producciones de los de la otra banda, amigos, apenas si se consiguen débiles adormitamientos, salvo las honrosas excepciones de Silva Valdez, Julio Estavillo y Borocotó, Borocotó, Chás, Chás.

Las largas horas de dicha interminable, terminan con una rapidez inaudita en la cuarteta inmediata:

Pero ya estaba escrito: se levantó el destino, y alzó la espada en alto de su fatalidad; Velozmente minaron su joven organismo Los síntomas mortíferos de un misterioso mal...

Es realmente sensible el abandono de este joven organismo que se encuentra minado de indicios ocultos, signos secretos, señales mortíferas, apariencias misteriosas incurables y síntomas de la cruz. El desenlace fué funesto. Raquel la Meicana

Vivimos largas horas de dicha interminable. Ambos sedientos siempre de besos y de amor...

murió en Madrid y su compañero, a quien debieron expatriar, se consume en Gualeguaychú bajo el nombre de Ignacio C. García, presentando a su vez todas las características de un misterioso mal.

Un necesitado que firma a Charles (Capital), declara en la persistente sección de "El Suplemento" titulada "Se necesita un amigo" o algo por el estilo:

Yo soy de estatura más bien baja, aunque bien proporcionada, de 22 años, morecho, uso bigotes y lentes, soy bastante elegante y muy personal.

Idea personalísima y optimista, la que sobre los resultados prácticos de la proporción guarda este desamigado. Soy un paralelepípedo irregular, pero mis caras guardan entre sí una proporcionalidad matemática. Mis bigotes son exactamente la dieciochoava parte de mi catelejo y mi edad guarda estrecha relación con mis aristas. O también: Soy pisciforme, pero mis pestañas son a mi monoculo como mi estatura es a mi calvicie. No desmayen, pues, los jóvenes casaderos, aunque la estatura sea apenas perceptible, tienen ventajas p r o b a b i l i d a d e s m a t e m a t i c a s siempre, claro está, que el semi-

peso específico del organismo multiplicado por raíz de 200 resulte equivalente al máximo común divisor entre el átomo y los micrones, llevado a la enésima potencia.

"El Diario" de Paraná, comentando las curiosas costumbres del celebrado año 80:

Los argentinos de los grandes centros y muy particularmente los que hablan de literatura gaucha en los cenáculos literarios donde llega a negarse la existencia del gauchito teniendo por fabuloso lo que fué tan real, si hubieran visto a una tropilla "del mismo pelo" o a una "puntita" de vacunos, llenar un campo y sentido estremecerse el aire con el pregón de la abundancia: el mugido y el anuncio de fecundidad y alegría: el relincho, cambiarían fundamentalmente de opinión respecto de una época más desconocida que lejana.

Y sobre todo cambiarían de opinión sobre las dimensiones escuelas de esa llanura extendida, inmensa, ríspago verde que en cuanto hace acto de presencia una tropilla del mismo pelo o una puntita de vacunos, se agota completamente. Es indudable también que el pregón de la abundancia: el mugido y el anuncio de fecundidad y alegría: el relincho, son motivos más que suficientes para hacernos abandonar cualquier idea respecto a esa época, lo que le ha pasado seguramente al cronista.

La Cámara de las Estatuas

(Traducido de un texto árabe del siglo XIII)

ESTA es una leyenda musulmana sobre la conquista de España, y ha sido traducida literalmente.

En los primeros días nacia en el reino de los andaluces una ciudad en la que residieron sus reyes y que tenía por nombre Lablit, o Ceuta, o Jaén. Había un fuerte castillo en esa ciudad, cuya puerta de dos batientes no era para entrar ni aún para salir, sino para que la tuvieran cerrada. Cada vez que un rey fallecía y otro rey heredaba su trono altísimo, éste añadía con sus manos una cerradura nueva a la puerta, hasta que fueron veinticuatro las cerraduras, una por cada rey. Entonces acaeció que un hombre malvado, que no era de la casa real, se adueñó del poder, y en lugar de añadir una cerradura quiso que las veinticuatro anteriores fueran abiertas para mirar el contenido de aquel castillo. El visir y los emires le aplicaron que no hiciera tal cosa y le escondieron el llavero de hierro y le dijeron que añadir una cerradura era más fácil que forzar veinticuatro, pero él repetía con astucia maravillosa:

"Yo quiero examinar el contenido de este castillo". Entonces le ofrecieron cuantas riquezas podían acumular, en rebaños, en ídolos cristianos, en plata y oro, pero él no quiso desistir y abrió la puerta con su mano derecha (que aferró para siempre). Adentro estaban figurados los árabes en metal y en madera, sobre sus rápidos camellos y potros, con turbantes que ondeaban sobre la espalda y alifanjes suspendidos de talabartes y la derecha lanza en la diestra. Todas esas figuras eran de bulto y proyectaban sombras en el piso y un ciego las podía reconocer mediante el solo tacto, y las patas delanteras de los caballos no tocaban el suelo y no se caían, como si se hubieran ensabridado. Gran espanto causaron en el rey esas primorosas figuras, y aun más el orden y silencio excelente que se observaba en ellas, porque todas miraban a un mismo lado, que era el poniente, y no se oía ni una voz ni un clarín. Eso habla en la primera cámara del castillo. En la segunda estaba la mesa de Solmán, hijo de David — ¡sea para los dos la salvación! —



tallada en una sola piedra esmeralda, cuyo color, como se sabe, es el verde, y cuyas propiedades escondidas son in-

Ilustración de Pedro Rojas

criptibles y auténticas, porque mantiene la castidad de su portador, ahuyenta la disenteria y los maños espiíritus y es de gran socorro en los partos.

En la tercera hallaron dos libros: uno era negro y enseñaba las virtudes de los metales, de los talismanes y de los días, así como la preparación de venenos y de contravenenos; otro era blanco y no se pudo descifrar su enseñanza, aunque la escritura era clara. En la cuarta encontraron un mapamundi, donde estaban los reinos, las ciudades, los mares, los castillos y los peligros, cada cual con su nombre verdadero y con su precisa figura.

En la quinta encontraron un espejo de forma circular, obra de Solmán, hijo de David — ¡sea para los dos la salvación! — cuyo precio era mucho, pues estaba hecho de diversos metales y el que se miraba en su luna veía las caras de sus padres y de sus hijos, desde el primer Adán hasta los que oírán la Trompeta. La sexta estaba llena de élixir, del que bastaba un solo adarme para cambiar tres mil onzas de plata en tres mil onzas de oro. La séptima les pareció vacía y era tan larga que el más hábil de los arqueros hubiera disparado una flecha desde la puerta sin conseguir clavarla en el fondo. En la pared final vieron grabada una inscripción terrible. El rey la examinó y la comprendió y decía de esta suerte: "Si alguna mano abre la puerta de este castillo, los guerreros de carne que se parecen a los guerreros de metal de la entrada se adueñarán del reino".

Estas cosas acontecieron el año ochenta y nueve de la hégira. Antes que tocara a su fin, Tarik se apoderó de esa fortaleza y derrotó a ese rey y vendió a sus mujeres y a sus hijos y desoló sus tierras. Así se fueron dilatando los árabes por el reino de Andalucía, con sus higueras y praderas regadas en las que no se sufre de sed. En cuanto a los tesoros, es fama que Tarik, hijo de Ziad, los remitió al califa su señor, que los guardó en una pirámide.

Tal es la historia del castillo de Ceuta.

Las Peleas de Washington

TENEMOS ante nosotros los setenta mil hombres componentes del ejército continental. Se han escogido para su formación, los que aparte de arrojo y valor, son poseedores del vigor y resistencia como para una lucha del significado de aquella en que los americanos se hallan empeñados.

Infatigables, perseverantes, salvando los múltiples obstáculos que se interponen, abriendo brecha entre la verdinegra espesura de la foresta ya en pes de un justiciero ideal el agerrido y bravo ejército, y de entre ese acorazado conjunto — la flor y nata de la fuerza y el coraje de toda América del Norte — emerge, destacándose con destellos propios, la figura del más infatigable, del más perseverante y más valiente, el primero dispuesto para lanzarse a la carga y el último en desmontar su bruto: Jorge Washington.

Y es aquí, en el ejército, donde coteja su fuerza con los más experimentados y rudos luchadores, a quienes ha logrado vencer, por lo cual se granjea la admiración y simpatía de todos, ya que no es sólo en los campos de batalla donde pone en evidencia su endemoniada guapeza, sino también en el cuadrilitero de tabla, donde lo puede todo su vigor extraordinario.

Se justifica el elogio de un contemporáneo suyo cuando dice: "Pasad revista a todos los hombres que habéis conocido personalmente, o a los que sólo conocéis por referencia, sean oscuros o famosos. Si también los atletas, los herreros, los guías alpinos, y decidme si entre todos haya uno más ágil, más resistente, más fuerte de lo que sabemos que es Washington".

Con semejante entrenamiento, como lo significan los encarnizados combates guerreros y las rudas luchas deportivas, es natural que adquiriera su físico la apariencia de una granítica columna.

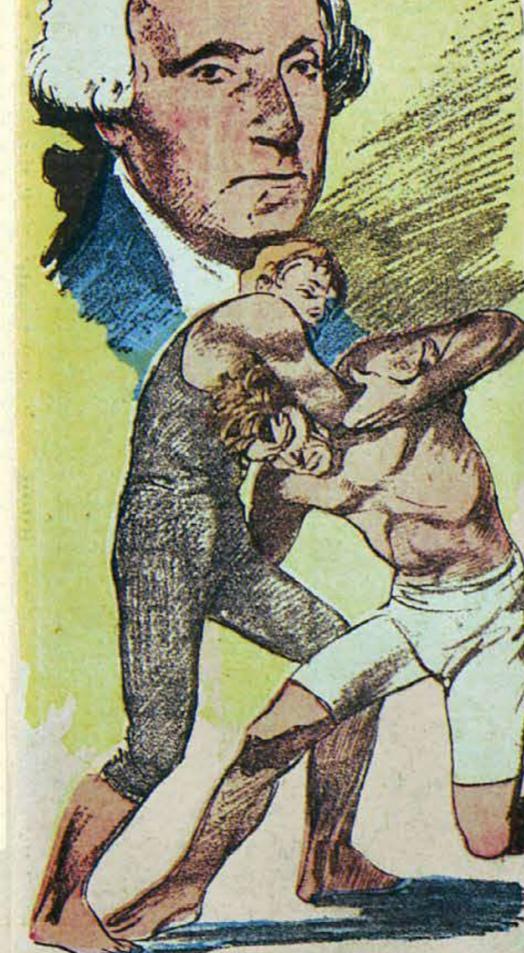
Sigamos ahora a Washington en su tarea de agrimensurero gubernativo, pertrechado con su teodolito, su hacha y fusil, apareciendo y desapareciendo por entre montes y colinas o transformándose en un punto en la dilatada llanura.

Causas múltiples le obligan a veces a prolongar su estadía en los diversos pueblos o ciudades que visita. No puede sustraerse al deseo de practicar su sport predilecto, y lanza un desafío al más bravo y calificado luchador que se disponga a enfrentarlo.

Más de uno, luego, se siente arrepentido de haber aceptado...

El físico de Washington

La arquitectura física del campeón del federalismo americano era imponente y majestuosa cual una línea que surgiendo del



suelo se elevara solemne y arrogante como un flamo. Venado y fibroso, semejava una escultura tallada en bronce y más de un gladiador de las arenas de un circo romano hubiera deseado para sí una contextura semejante. Su estatura se detenía al llegar al 1.88, y su peso, "sin un gramo de carne superflua", al decir de él mismo, alcanzaba los 87 kilogramos.

Poseía una de las condiciones más indispensables que se requieren para poder ser un perfecto luchador: caderas recias, y tan recias eran las suyas que su busto tenía casi la misma anchura de los hombros a la cintura.

Washington, campeón de salto en largo

Es por la época en que Nathan Hale y Lindley Murray eran los atletas más mejores marca ostentaban en los saltos, especialmente en el largo. Washington se cree con mediana y habilidad suficiente como para batir las performances de los recordmen mencionados, y en un torneo que se efectuó entre los participantes inscriptos figura él. Amuralla el gran cuadrado verde donde se efectuaban las pruebas, un crecido y rumoroso público.

Las marcas dadas a conocer sorprenden a todos por lo inesperadas, ya que el mejor salto no ha sido ejecutado por ninguno de los favoritos del público, sino por Washington, que ha saltado 6.91 metros, siguiéndole Murray con 6.70, quedando bastante atrás Hale, con un salto de 6.19.

El empecinamiento de Snowden y la saciada curiosidad de un artista

Snowden, ese hombre de la colosal caja torácica, revocada de una musculatura maravillosa, inventor del aparato gimnástico que lleva su nombre (infaltable en la habitación de todo veleidoso Don Juan ventrado y cuarentón), tenía en Washington un contrincante imbatible. En efecto, éste lo vence en una reñida lucha, pero Snowden, no conforme, le pide la revancha, en la cual es nuevamente derrotado. A pesar de este nuevo fracaso, cree poder vencer al virginiano en las diversas pruebas del atletismo, y lo desafía a disputar una carrera. Ella se lleva a cabo. Snowden llega a la meta cuando Washington ha terminado de saborear un exquisito refresco.

No se convence el gran gimnasta de su inferioridad física respecto a Washington, ni aun después de ser vencido por éste en el remo, el salto y en varios juegos, por el solo hecho de haber logrado levantar con su brazo izquierdo mayor número de kilos que los levantados por el brazo del férreo Jerge.

El preciado marco de popularidad que rodeaba a Jorge G. Washington provoca en una joven y célebre artista el deseo inconcebible de conocerle personalmente; pero lo que le agudiza muy especialmente, incitándola a ello, no es lo que lógicamente nosotros podríamos suponer que fuese: experimentar la delicada satisfacción de sentirse hamacada en la voluptuosa nube espiritual surzida del verbo cálido e inspirado del insigne libertador, sino el poder extasiarse en la contemplación de tan hermosa estampa de varón.

Entre un grupo de bellas caritas de mujeres, suavizadas por amieladas sonrisas, hubo quien, refiriéndose a Washington, con el entusiasmo propio de una colegiala, decía: "Es el cuerpo más hermoso que jamás hayan contemplado mis ojos; para decirlo mejor, toda una perfecta escultura".

Quien así hablaba, no era otra que la inquieta y curiosa artista, convertida en la más fervorosa admiradora de Washington.

Lo que no se ha podido estipular con toda la claridad deseable, ha sido, cómo y en qué circunstancias ha contemplado a éste, desprovisto de sus prendas...

Cuestión de medidas... Washington versus Sullivan

Relataré una escena que tuvo por teatro los días aquellos en que las planas de los diarios norteamericanos salían repletas de detalles y hechos de la vida de John Sullivan, quien acababa de congruarse en gran forma campeón de todos los pesos.

En uno de los tantos "night clubs" neoyorquinos, donde suelen reunirse esos inofensivos señores del gran habano en la boca y de la gruesa cadena de oro en el chaleco, que tanto se dan a abocar un tema del más rancio espiritismo, como del más prosaico materialismo (más rancio que de lo otro); departían varios poderosos banqueros sobre la complejidad física del flamante campeón, cuando uno de ellos, que además de millonario era un manifiesto investigador de criminalidades históricas, afirmó que Washington, en tener la fama de Sullivan — a quien se le asignaba como un ejemplar maravilloso de perfección física — había tenido un tórax más amplio que el de este. Uno de los contertulios, sea ya por puro espíritu de contradicción o por creer sinceramente en la imposibilidad de tal cosa, negó veracidad a esta opinión, lo cual motivó una acalorada discusión que fué a morir, luego, en una fuerte apuesta. Se nombró el depositario y ambas partes se lanzaron a la conquista de las medidas antropométricas de los adversarios en esta extraña competición.

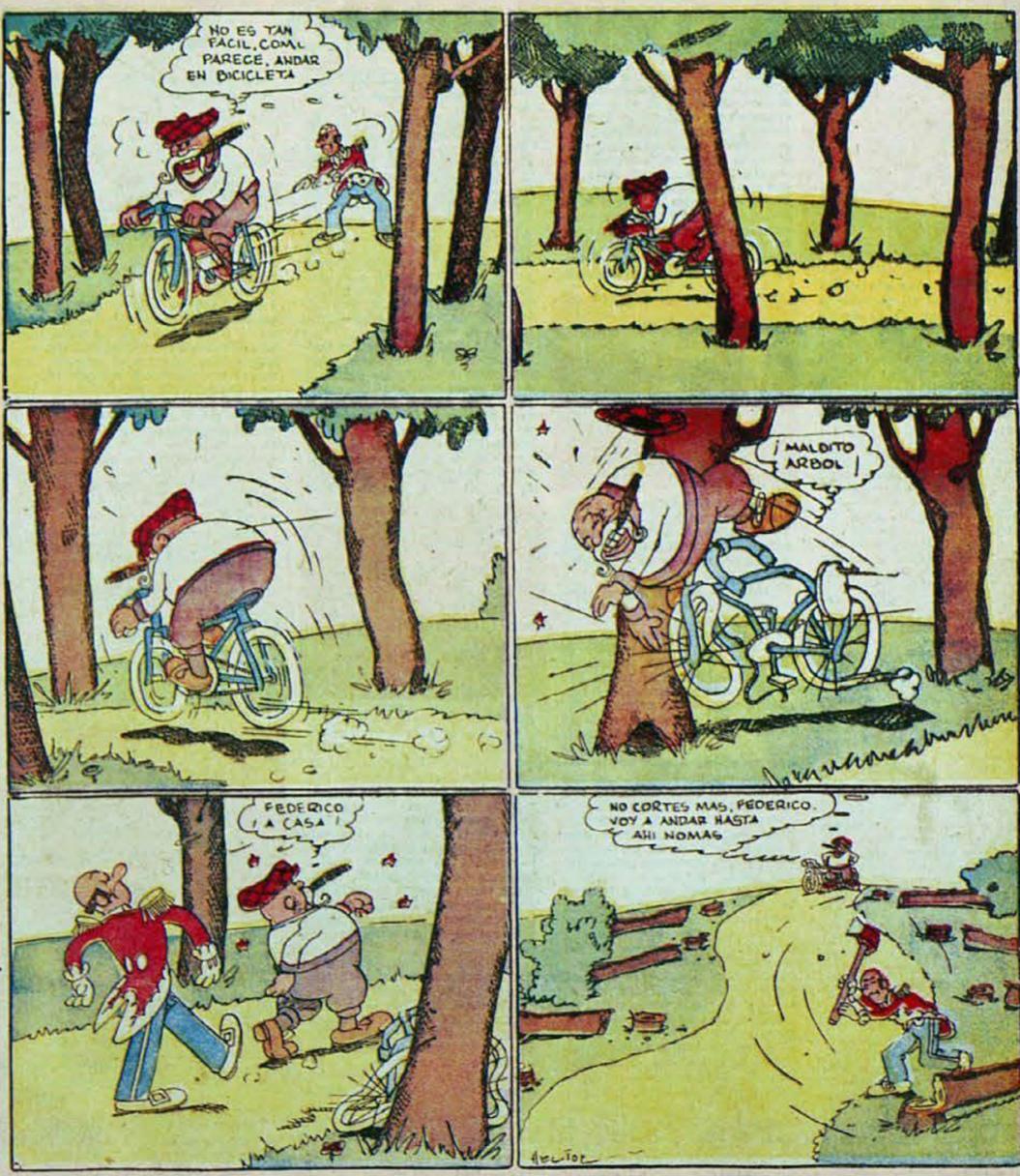
Las medidas de Sullivan se pudieron obtener sin mayores dificultades, pero no pasó lo mismo con las de Washington, ya que, para ello, fué indispensable hacer un viaje a la ciudad epónima.

En el Patent Office de dicha ciudad, existe una chaquetilla que perteneció al glorioso libertador de América, que es la misma que usó cuando dimitió el cargo de comandante general. No había nada mejor que acudir a ella para obtener lo deseado. Se tropezó con grandes dificultades, ya que su director se opuso categóricamente a acceder al pedido solicitado, pero como por aquellos pagos, al igual que en los nuestros, la "recomendación" y la "influencia" lo puede todo, los datos requeridos fueron concedidos, a pesar de la resistencia del obstinado director del "Patent Office".

Las medidas correspondientes a la circunferencia torácica bajo las axilas (motivo de la polémica), de Jorge Washington, de acuerdo a la chaquetilla mencionada, eran de 1.12 metro. Avenajando en varios centímetros a las obtenidas del tórax de John Sullivan, que sólo alcanzaban a 1.08.

ALFREDO SANTOS PRESACO
ILUSTRACION DE PREMIANI

El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez



Honorable Excursión

Un artículo que el japonés recibió con asombro.

COMO! Ya son las cinco de la mañana. Coge el tiempo de ligero al tiempo! Jamás será posible que tenga el tiempo de preparar mi "toilette" en seguida, para salir en el tren de las diez de la mañana. Y yo no puedo faltarme al Señor que me ha invitado al, sobre todo, a las dos honorables amigas que tengo el honor de llevar conmigo. Serán la Señorita Helen-Hecha y una dama vieja que está casada. El otro libro está bien al señor, su pequeño hijo.

Al presente estoy en tren de preparar mi largo cinturón. Se cose al revés contra el derecho. En seguida se da vuelta todo, como una piel de anguila. Es necesario que sea absolutamente rectilíneo y que ninguna punta se ven. En seguida me peinara cuidadosamente a cuchillas delante del espejo. Hay siempre alguna cosa que falla. Es tan difícil colocar elegantemente las agujas. Al mismo tiempo me cubrí el rostro y el cuello con leche de belleza. Esto es obligatorio.

Ver Eponidia, hasta donde me dirijo, dicen que es maravilloso. Es una isla muy próxima a la costa. Debo haber allí una gran bien terrenal y roca de todos colores. No tardaré jamás la ocasión de volver a hacer esa extraordinario paseo. ¡Es preciso tener dinero, ¡ay de mí! Mi señor padre es funcionario de la Aduana de Fusan, en Corea, y él bien lleva un uniforme muy adornado, no gana bastante para enviarme mucho dinero. Es verdad que después de la muerte de mi señora madre, yo he vuelto a casar dos veces y tiene siete nuevos hijos que adora. Yo no los conozco a todos. Mi señor padre piensa mucho en mí. Mi señor hermano mayor no es tampoco rico. Está casado en Tokio. No lo veo frecuentemente, pero, a pesar de que, siguiendo la regla familiar, sea yo quien deba bajar para él, él me hace algunas veces un pequeño regalo de dinero. Podría habitar en casa de mi señora abuela que es rica. Dirige uno de los restaurantes de Kozu. Pero, prefiero vivir en Tokio, donde me siento mucho más feliz. Ser de Tokio importa tan grande dignidad! Cuando voy de visita a Kozu todo el mundo me respeta como una persona de la capital. Habito aquí en casa de mi señor tío, donde soy alojada y alimentada; en cambio, se me pide que ayude un poco a la sirvienta en la limpieza y cocina. A parte de esto mi señora tía no se ocupa mucho de mí. Estoy en relaciones excelentes con sus señores hijos, que son solamente dos: mi señor primo, de veinte años, que ayuda en el honorable negocio y mi señorita prima, de trece años, que va todos los días a la escuela.

Se debería llevar cada día una "toilette" nuevo, pero no soy lo bastante rica. En consecuencia, cada vez que salgo, cambio alguna cosa, de manera de no ser dos veces la misma. En todo caso existe la "toilette" del Año Nuevo, que debe ser absolutamente nueva. Se debe tener una "toilette" nueva para las fiestas de Febrero, después en Abril, cuando florecen los cerezos. En seguida vienen las fiestas de los muchachos, la fiesta de las lilas, después viene el verano. En el Otoño el cinturón debe reproducir como en las otras estaciones los motivos de la estación. No yo mariposas, sino hejas rojas de abeto, y en seguida crisantemos. Es la fiesta del Arroz Nuevo. En seguida viene la "toilette" de la nieve.



POR Tomás Raucat Ilustró Sorasábal

Al año siguiente nada de otro sirve porque se ha envejecido. Los colores deben ser menos vivos y los dibujos más pequeños.

El último paseo de que me acuerdo, fué hecho en ocasión del florecimiento de los cerezos. Me invitó mi señor tío, fué magnífico. Corrió el honorable negocio y hasta hizo venir una señorita geisha que nos acompañó llevando su mandolina envuelta en un gran trozo de seda blanca. Estaban, también, mi señor primo y un joven señor, su amigo. Después, mi señora tía, que llevaba en bandolera vino sake, mantenido tibia en una botella. Después, mi joven primo llevaba dulces de arroz glutinoso y papas secas. Yo llevaba la estera en que habríamos de sentarnos luego.

Varias personas vinieron a sentarse al lado nuestro, para escuchar la música, y un joven señor que estaba disfrutando de lo que había bebido un poco, quería levantarse para que bailara con él, como lo hacen los americanos. Pero bajar con un señor es abominable. Se puede bailar solo únicamente. Así que me refújeme y me quedé cortésmente sentada.

Hacia las cinco de la tarde terminó la excursión. Mi señor tío llevó a los jóvenes señores a concluir la velada en la más bella "joroya" del barrio reservado de Susaki, en Tokio. Había elegido este porque hay entre las honorables casas de prostitución una avenida de cerezos que es célebre. Mi señor tío se limitó a comer arroz y beber sake, pero ayudó a los jóvenes a elegir las más bonitas muchachas; los esperó luego, y volvió con ellos. Mi señor primo me dijo al día siguiente que del cuarto que él había ocupado con la señorita, veía brillar bajo la luna la hilera de cerezos. Parecía que esto es espléndido.

Entonces, dos días después, llevé tres de mis amigas, las señoritas Príncipe, Ribera Apacible y Honorable Fuente, para ver una noche la avenida de cerezos. Era verdad lo que había dicho mi señor primo. Yo no hubiera creído que existieran en Tokio cerezos tan grandes y viejos. Miramos también las casas. Antaño, las bellas señoritas estaban expuestas a la entrada; pero ahora, ¡ay de mí! no se puede admirarlas más que en fotografía. ¡Qué grandes y bien logrados salen sus retratos! ¡Y cómo están de bien vestidos!



Otra vez fui al cinematógrafo. Me gusta mucho el cinematógrafo. Me gusta también el teatro, pero prefiero el cinematógrafo porque es una imitación de lo extranjero. Las localidades cuestan más caro y es más distinguido. El espectáculo fué muy bello. El señor que esperaba las cintas a medida que se desarrollan tenía una voz sumamente dramática.

Me gusta también el teatro, pero prefiero el cinematógrafo porque es una imitación de lo extranjero. Las localidades cuestan más caro y es más distinguido. El espectáculo fué muy bello. El señor que esperaba las cintas a medida que se desarrollan tenía una voz sumamente dramática.

Cuando aquello comenzó, la joven señorita rubia estaba pagada por los cabellos a un aeroplano, y el mal señor que era pasajero, ensayaba de hundirle los ojos con su estilografía. Todas las damas asistentes estaban estupefactas. Felizmente, el señor novio periodista llegó a caballo sobre su águila doméstica, que se cogió las telas del aeroplano. Siguió a esto una caída vertiginosa...

He aquí lo que yo he retenido a causa de la explicación del señor recitador de argumentos. Todas esas gentes se movían en un torbellino tan frenético que yo tenía los ojos empañados. Durante todo el tiempo que duró la cinta traté en vano de comprender y estaba maravillada.

En seguida hubo un film japonés grandioso y que emocionó más que de costumbre. Me presentaron al honesto señor abuelo carpintero, después a la honorable y numerosa familia. En fin, vi al hijo malo y para que yo lo reconociera, era el único vestido a la europea. En el film sucedieron muchas desgracias. Entonces todos a casi todos, han preferido matarse. La historia concluyó tan sólo cuando todos los señores y damas que yo conocía habían muerto de pena ahogados, sucumbido de tristeza, encerrados en prisión.

Yo voy raramente al cine, y cada vez la emoción me fatiga. A veces tengo que cerrar los ojos así escucho mejor la historia y me emociono más.



Conquistadores

POR Enrique Puga Sabaté Ilustración de Sorasábal

Yo estubo un amigo inefable, cordial. Hubiera sido dicho que siempre vivió su primer amor junto al corazón de una mujer morena, enamorada y feliz. Mas, pese a su temperamento expansivo, sólo poco antes de su muerte me enteré de que peregrinos medios se valía para subsistir, esto es, "para perdurar en el espectáculo de sus maies", como solía afirmar desmientando tal aseveración con la más amplia y contagiosa sonrisa.

De su confesión, amarga y truhanesca, me quedó una ensañanza nueva y ese sabor acre, como de resina, que sedimenta las revelaciones insospechadas. Porque, la verdad, nunca hasta entonces había imaginado que mi conocimiento de los hombres fuese tan extraordinariamente relativo.

Conoció a Pedro Wallers en una excursión que hice a las sierras cordobesas, aprovechando unas vacaciones que me concedió el diario en que trabajaba. No fuimos presentados: se presentó por sí mismo. En realidad, pertenecía a esas naturalezas que se imponen por presencia, sin necesidad de intermediarios. Conservo nítida la impresión que me produjeron sus ojos de clara y aguda visión, sus grandes cabellos rubios, su contitura atlética, como la de un soldado espartano; y, sobre todo, una absoluta confianza en sí mismo que trascendía toda su persona y sobornaba de inmediato la confianza y el afecto de cualquiera. Añádase a esto que su conversación acunaba, por sobre el optimismo ligero que las reglas un fondo de vastas lecturas y un conocimiento profundo de la sociedad y de la vida. Jamás lo logré sorprenderlo en un gesto o en una palabra fuera de tono, y quince días después de conocerlo me parecía uno de mis viejos amigos de la infancia. Por ello, al despedirnos en Córdoba, terminada mi breve vagancia, lo hicimos con emoción verdadera. Creo que fué la única vez que advertí en sus ojos una niebla como de lágrimas que no llego; y aun divisó, a través de veinte años, su enérgica figura que, desde el andén de la estación, agitaba virilmente la mano, alta y lenta, como tendiéndose desde el corazón de una isla ignota.

En Buenos Aires prosiguió inalterable nuestra amistad. Todo el tiempo que mis obligaciones y compromisos me lo permitían, lo pasaba a su lado. Pedro Wallers, de alguna más edad que yo, llegó a constituir para mí el modelo y el índice. Siempre distinto en sus conceptos, vario en su actitud mental, polifacético y contradictorio, cada entrevista acunaba una medalla nueva en la dicitel cura de mi espíritu. Así llegué a vislumbrar que en aquel hombre desconcertante, lo que menos anidaba era el deportista: una máscara apenas. Amaba los pájaros, los niños; y tenía por las flores una pasión rayana en el misticismo.

Vivía holgado en un pequeño y amable departamento, sobriamente ahajado, del que cuidaba un japonés, su única servidumbre. Por otra parte, no necesitaba más; era solo y nunca supe que anduviese en amorfos. Los años rodaban sus aguas sobre su vida como sobre un cristal tan invariables eran sus costumbres.

Sola tener ideas un tanto raras. Recuerdo que muchas veces me habló de la dulce esterilidad de los desiertos y de la sinrazón de multiplicarse. Creía, posiblemente, con el iluminado oriental, que el gran mal es la reproducción. Pero esto no era en él una afirmación pesimista; todo lo más una actitud filosófica, derivada Dios sabe de qué experiencias.

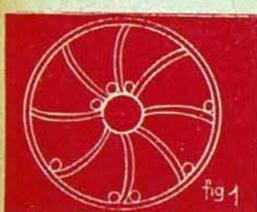
Una noche lo hallé enfermo. Entraba por primera vez en su dormitorio, y me asombró advertir sobre su lecho el símbolo de los rosacruces. Me saludó con una desvaída sonrisa.

—Mi vieja aneurisma, amigo mío; una aneurisma a la aorta, que ayer vino a recordarme la fragilidad de la existencia humana y lo decenabado de nuestras tentativas. Nunca te hablé de esto. ¿Para qué?

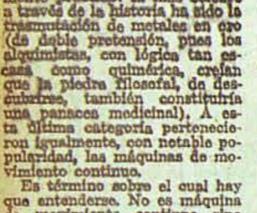
Nos miramos en silencio, comprensivamente. ¿Qué consuelo podían llevar mis palabras a un alma como la de mi amigo? Me senté a su lado y, por hacer algo, le tomé el pulso. Me dejó hacer, sonriendo, y, subitá-



El Movimiento Continuo



ciendo los coeficientes de fricción. Es evidente que un cuerpo suspendido en el vacío absoluto conservaría cualquier impulso inicial; desafortunadamente, la suspensión sería tan imposible como la obtención del vacío absoluto. Se trata, pues, de encontrar los coeficientes de fricción y tratar de vencerlos. Pero para vencerlos, es necesario que a cada ciclo la máquina produzca más energía de la inicial. Y esto es lo irrealizable. No se trata aquí de la tracción conside-



ra como fricción; sin admitiendo idealmente éste como nulo, la máquina de movimiento continuo no puede existir; instante por instante va perdiendo energía.

Es de hacer aquí la reserva de que el susodicho principio de termodinámica no es del orden de las certezas absolutas. La prueba lógica de su infalibilidad ha sido imposible. Sólo que empíricamente, nunca, jamás se le ha podido encontrar una excepción. Y por eso tenía razón la Academia de Ciencias de París cuando desde 1785 rechazaba sin el menor examen cuanta proposición se le elevaba en el sentido de descubrir ese "perpetuum mobile" que, sin embargo,

segra apasionando al público y cubriendo de fama o dinero a sus héroes.

Porque si hubo entre estos últimos algunos sinceros alucinados, hubo no menos conscientes fanáticos. Se dió en una época el "enanto del perpetuum mobile", como hoy persiste el cuento de la máquina de fabricar billetes. ¿Cómo funcionaba ese pretérito procedimiento de estas? Pues, fingiendo el inventor que necesitaba capital para poner la última mano a su maravilloso dispositivo, se exhibían, con fines de venta, una falsa máquina con su bien oculto agente de energía.

Así la rueda del canillero Orffyreus, alias Bessler, que logró encontrar a un ilustre patán y hasta convencer a un matemático. Este último administrador le fué sin embargo perjudicial, pues con culpable curiosidad pretendió desarmar el aparato. Como es de suponer, su inventor se opuso, y optó finalmente por destruir, o ser resignado

gesto heroico, su famosa rueda. El sistema visible de ésta se basaba, a semejanza probable del marqués de Worcester, en un dispositivo muy a propósito, por cierto, para tentar a los primarios de la ciencia. Su esquema es el que adjuntamente reproducimos (fig. 1). La ingeniosa paradoja quería que las bolillas encerradas en cada uno de los tabiques de la rueda no necesitaran tanta energía al subir como producían al bajar, porque los caminos recorridos eran más cortos en un caso que en otro.

Más ingenuos todavía resultaban ciertos aparatos hidrostáticos. Algunos consistían en una simple copa, llamada de Papin, terminada en un canuto encorvado de modo que la extremidad de éste volviera a caer en la boca de la copa (fig. 2). El inventor (que en este caso no pasaría del papel), pretendía

que la presión ejercida sobre la superficie más ancha del agua de la copa, era mayor que la que obraba sobre el orificio superior, de modo que por éste el agua fluía continuamente, cayendo de nuevo y para siempre, en la copa. De todos los movimientos continuos imaginados, éste es seguramente el más efímero: no alcanza a cumplir ni una pequeña fracción de ciclo. Es, además, de los más difíciles de falsificar. ¿Cómo obtener su funcionamiento aparente sin conductos suplementarios demasiado visibles? Fracasarían en la prueba, ayudados por los más secretos prestidigitadores, las más acreditadas empresas de aguas corrientes.

Otros pretendían haber descubierto un agente misterioso, capaz de interceptar la fuerza de gravedad; es evidente que en este caso los cuerpos se podrían hacer subir sin trabajo y en cambio lo producirían al bajar, en cuanto se retirara el milagroso aislador.

La curiosa propiedad de los imanes también fué aprovechada. Imaginemos el aparato que representa la figura 3. Por un plano inclinado sube un cuerpo atraído por un imán, pero antes de llegar a él cae por un agujero y baja por la pendiente inferior hasta el punto de partida, donde el imán lo vuelve a atraer. Esto no es técnicamente absurdo; lo que pasa es que el imán es aquí tranquilamente el agente de energía; todo lo que se ha hecho es descomponer y complicar el sencillo movimiento de atracción.

Para que esto fuera realmente una máquina de movimiento continuo, habría que hacer que

la caída de la bola volviera a imantar el imán. Esto se podría conseguir, al menos idealmente, por medio de la electricidad; pero lo malo es que nunca la bola podría sustituir a este electrodinámico agente de la que ha gastado, sino a lo sumo la misma. Y entonces, ¿con qué se vence la fricción?

Existen muchísimos otros dispositivos, más o menos complicados, y casi todos a la vez ingenuos y pueriles, sobre los cuales no insistiremos aquí: baste nos distinguir entre todas la máquina, por excepción muy lógica y científica, salva naturalmente en la base, de Juan Bernoulli, el matemático suizo. Se basaba en la diferencia de densidad de dos líquidos mezclados, y su descripción por su autor constituye, aun ahora, una curiosidad muy agradable. El interesado lector puede consultar el libro de Dircks, sabio inglés del pasado siglo, sobre el tema que nos ocupa.

Nosotros nos contentaremos, para terminar, con examinar dos mecanismos basados sobre el conocido fenómeno de capilaridad. El más sencillo se compone de un tubo fino de vidrio de forma curva que elevaba el agua de un pequeño depósito y la gotaba al mismo por su orificio libre (fig. 4). El otro, llamado de Congreve, hizo furor en su tiempo. Se era el primer triangular de la figura 5, que reduciendo idealmente a un triángulo rectángulo cuya hipotenusa fué limitada por dos rodillos o poleas. Sobre éstos corre, primeramente, una cinta de esponjas, luego, una cinta de pesas. El aparato descansa sobre el agua. Las esponjas absorben el agua por capilaridad en el cateto vertical; no sucede lo mismo en la hipotenusa, a causa de la presión ejercida por las pesas. Por consiguiente, las esponjas del cateto vertical son proporcionalmente más pesadas que la de la hipotenusa; esto basta a imprimirle un movimiento de arriba a abajo en dicho cateto, y en totalidad, giratorio.

—Mi vieja aneurisma, amigo mío; una aneurisma a la aorta, que ayer vino a recordarme la fragilidad de la existencia humana y lo decenabado de nuestras tentativas. Nunca te hablé de esto. ¿Para qué?

Nos miramos en silencio, comprensivamente. ¿Qué consuelo podían llevar mis palabras a un alma como la de mi amigo? Me senté a su lado y, por hacer algo, le tomé el pulso. Me dejó hacer, sonriendo, y, subitá-

Tal la estupenda revelación, lector. Hoy, que sigue apasionando a muchos la verdad acerca de a quien debe colgarse el San Bernabé, otros contentarse que podría ser descubierta por Colón, ni por los escandinavos, sino por nosotros, por los sinvergüenzas que vivimos después...

Por José María Torres



El curioso habitáculo del hombre prehistórico. — Su alma. — El nacimiento de las industrias: un drama bárbaro entre monstruos feroces y cataclismos naturales, hace millones de años.

Bibliografía

PABLO ROJAS PAZ. — El Libro de las Tres Manzanas. — Colección "Cometa", de Tor.

Al principio de su libro, como síntesis de su contenido, Pablo Rojas Paz pudo haber colocado dos frases que figuran en el breve prólogo de "Les Essais" de Montaigne: "C'est icy un livre de bonne foi, lecteur" y "Je suis moy mesme la matière de mon livre".

La buena fe de Rojas Paz es limitada. Ejerciendo el pensamiento como un juego libre y feliz, como una mágica aventura semejante a las que nos hacen soñar los libros preferidos de la infancia, Rojas Paz va humanizando la lógica, la ética, la historia y la ciencia a través de sus páginas, hasta revestirlas de una belleza nueva en la exteriorización y de un sentido intimista, hecho a la medida del hombre que piensa como jugando, pleno de buena fe y, por tanto, está más dispuesto a maravillarse con lo que descubre, que a ver una aridez o un fuste de duda en todo el descubrimiento. En este sentido podemos afirmar que Rojas Paz está a salvo de esa superación de la filosofía que cuando no nos pierde en algún doloroso laberinto, nos arroja naufragos en el seno del más atroz agnosticismo. La discusión y sistematización están estrictamente limitadas en "El Libro de las Tres Manzanas" por una preocupación de belleza, por un cariño "a priori" por las cosas del mundo y una fe cándida y emocional por la realidad y potencialidad del ser. Es así que Rojas Paz soslaya el afán acremente generalizador de la filosofía y nos da, en una brosa muchas veces cargada de poesía, sus meditaciones. Se mantiene en el centro de su obra. Hace de él mismo la materia de su obra, como dijo de sí Montaigne, en la frase ya citada del prólogo de sus Ensayos.

Contiene el "Libro de las Tres Manzanas" nueve ensayos, pues el hermoso prólogo puede ser calificado de tal. Más como verdad poética que filosófica vale su afirmación de que "tres manzanas simbólicas concretan todo el drama de la vida: la mitológica de París, la bíblica de Eva y la agnóstica de Newton". Simbólicas de la guerra, la curiosidad y el conocimiento que a su vez "son las etapas porque atraviesa el espíritu del hombre". No sé si el espíritu del hombre, pero sí el de Rojas Paz, sobre todo en lo que respecta a las dos primeras. Lo cual está muy bien en el artista, aunque guerra y curiosidad dejen de ser en realidad dos etapas en su espíritu, para convertirse en una sola acentuación: inquietud.

De todos los ensayos que contiene el "Libro de las Tres Manzanas", ninguno revela tanto esa inquietud como el titulado "El descubrimiento de Hamlet". Es, por otra parte, el más logrado. Me parece memorable esta frase de elevado contenido ético, realmente trascendente para una valoración del sentido y misión de la juventud: "Su afán es desarraigar el árbol del mal y no podarlo", cuando explica el porqué de los excesos vengadores de Hamlet. Frase que corona su lúcido razonamiento en contra de esa falsedad desatinada que involucran el

concepto romántico de juventud. El ensayo sobre la ingenuidad (págs. 45 a 77) es también muy importante, desde que, por medios muy sencillos y parcos se llega a intentar grandes síntesis que abarcan concepciones tan dificultosas de afrontar como son las de historia, individualidad, ciencia, libertad.

Este último tópico (pág. 53) está tratado con excesiva ligereza. Se hace una promesa: "analizaremos los teoremas de Espinosa, relativos a la libertad" que luego no se cumple en modo alguno. Ni siquiera se anota que tales teoremas, como se desprende de la lectura del Prefacio de la Quinta Parte de la "Ética", no se refieren a la libertad en sí, sino "al modo de conseguir la libertad o el camino que conduce a ella", ni que en rigor Espinosa no opinaba que lo único libre es Dios, sino "que la libertad se conquista; y si San Pablo dijo que es preciso creer en que Jesús es el hijo de Dios, Espinosa insistió en que es preciso saber que somos Dios" para alcanzar esa especial beatitud que el Escolio a su XIII Proposición concede a los sabios y que no es otra cosa que el goce de la libertad.

Rojas Paz se ocupa también de la poesía (págs. 111 a 132). La imposibilidad de una definición totalmente satisfactoria se desprende con fuerza de sus afirmaciones. Este ensayo tiene un magnífico fondo irónico, hábilmente graduado, pero muy perceptible, por ejemplo, en la pág. 115, donde utiliza el mecanicismo de la demostración de la existencia de Dios por Santo Tomás (según un primer motor), para probar que la poesía es posterior al poeta!

Tal ironía, pero está vez llena de piedad y simpatía humanas, se repite cuando se ocupa de "La desesperación poética" y "La adjectivación".

En cambio en su "Ensayo sobre la Indiferencia", advertimos una acentuación trágica. La inquietud que agita el espíritu de Rojas Paz se nos aparece aquí con ribetes dolorosos. A ratos vuelve a ser el hombre que por el solo hecho de pensar está en posesión del mundo que lo rodea, pero en otros al somarse al misterio de Duda, se estremece, y su inquietud atraviesa las señaladas etapas de la guerra y la curiosidad. Estas dos manzanas le son propicias. En cuanto a la tercera, según ya lo ha dicho ("el conocimiento es el cansancio de la sabiduría"), como que es quietud, lo deja un poco frío. Por eso lo notamos triste, cuando en la pág. 43 su curiosidad y su combate se limitan frente a la idea del conocimiento de la muerte. Pero ese juego libre y feliz de su pensamiento, que nos hace imaginar que si a Rojas Paz le preguntaran cuál es su diversión favorita, contestaría, como Shaw: —Pensar, pronto recobra su predominio.

Recorremos con agrado "Ciudades y Bosques", "La Suerte y la Simpatía" y hasta "El Derumbe de las Palabras" y "La Estética del Lector". Estos dos últimos ensayos no son de obligatoria lectura. — U. P. de M.

POR Sergio Aranda

LOS primitivos habitantes de las pampas, fueron seres agrupados en pequeñas hordas, que erraban por un mundo inmenso. Nunca fue más vasto y misterioso el Universo a los ojos del hombre. Las distancias mismas — que millones de años después acortaría el caballo — eran entonces un factor decisivo en el juego de la tragedia que por todas partes lo acechaba. La tierra estaba poblada de monstruos, y las tempestades cuaternarias, diluvios inconcebibles para el hombre de hoy, mantenían inundadas las tierras bajas durante medio año. La pequeña horda seguía el curso de los ríos. El agua y el fuego eran su preocupación fundamental, y con la primera chispa de razón, estos elementos cobraron un carácter de divinidades propicias para la mente del hombre fósil. Los cursos de agua, los ríos, las lagunas, aseguraban la caza; el fuego, era a la par que un elemento de defensa, el principal instrumento para fabricar los útiles necesarios, para aguzar los punzones, endurecer las puntas de las picas. Todos los animales poseían grandes medios de ataque y de defensa. Los que no tenían enormes colmillos, disponían de garras poderosas. Los que no estaban protegidos por una coraza impenetrable al zapazo y a la dentellada de sus enemigos, encontraban en la carrera veloz un medio de seguridad y una forma de defensa. Solo el hombre era el más miserable de entre estos seres: su cuerpo desnudo carecía de protección, sus fuerzas no eran nada comparadas con las del sanguinario "smilodon" o del panderero "artotherium"; lenta como una tortuga resultaba su marcha si se la comparaba con la carrera del ciervo o el galope del prehistórico caballo.

Pero no obstante esta falta de recursos naturales, el hombre fósil, luchaba y se imponía. Poco a poco los monstruos iban cayendo ante él, las distancias eran cubiertas, y las grandes hogueras, que a veces apagaba el repentino desgarrarse de una tempestad, brillaban enormes y victoriosas en sus campamentos de caza.

El ingenio, suplió no obstante este desamparo inicial; y el hombre fósil de las pampas fue el constructor de una morada única, mezcla de caverna, de casa y fortaleza, para lo cual se valió del blando suelo natal combinado con las enormes corvas óseas de sus propios perseguidores.

El glyptodonte era un raro animal de la época prehistórica, muy semejante a nuestros actuales armadillos; sólo se diferenciaba de ellos por la enormidad de su tamaño. Su caparazón óseo, verdadera valva de tortuga monstruosa, media, término medio, 1,64 m. de diámetro longitudinal y 1,32 m. de diámetro transversal; su concavidad describía un arco que — en el centro de la — abarcaba dejaba una luz de 1 metro con 5 centímetros de altura. Fácilmente se concibe que una vez arrancada del animal y colocada de plano en el suelo, hasta ahondar un poco la tierra debajo de esa caparazón, para obtener un abrigo de 1,50 ó 1,70 m. de altura, donde con toda comodidad podía acurrucarse el hombre fósil. Muchos salviajes actuales no disponen de un refugio tan cómodo ni tan seguro. El hombre de las pampas encontraba, pues, en él, la manera de escapar a cualquier persecución, y, cubriendo su fondo con una colcha de hierbas, podía convertirlo en un confortable abrigo para pasar las frías noches de los cuaternarios. Tal fue la primera "casa" de los primitivos habitantes de la llanura, y las cercanías de los ríos y de los lagos, punto de concentración de la horda, aparecían sembradas de corvas de glyptodontes, que ocultaban en su interior la pequeña celda, habitáculo inviolable del salvaje prehistórico.



Pequeño y desvalido con relación a las enormes bestias que poblaban la región, el hombre fósil, había de recurrir necesariamente a la astucia, donde sus fuerzas no podían darle ningún resultado.

La caza por medio de trampas, había de ser pues el medio más conveniente para apoderarse de aquellas especies animales que por su enorme acometividad, y por las poderosas defensas de que estaban dotadas, resultaban invulnerables a todo ataque lle-



ILUSTRACION DE P-emiani



La necesidad para hacer frente a esas partidas de caza, de la que la época moderna no puede tener ni una remota visión, desaparecidas hace millones de años las bestias de pesadilla que eran las monstruosas piezas que las determinaban.

Premonición

Un extraño caso de adivinación del porvenir, relatado por el famoso profesor Richet.

¿QUÉ podemos saber acerca del porvenir? Creo que hay en la inteligencia humana, a la vez reducida y grandiosa, otras vías para el conocimiento del porvenir que la simple percepción. Para probar mi afirmación entro en el dominio de las ciencias que he llamado "metapsíquicas".

La premonición es el capítulo más conturbador, más incomprensible y, por eso mismo, más apasionante de esas ciencias. Es el más profundo misterio de una disciplina rica en misterios. La palabra premonición significa el conocimiento del porvenir por vías que no son las vías sensoriales ordinarias, por intuiciones que no dependen ni de la percepción ni del razonamiento, ni de la lógica.

¿De dónde nos vienen esas previsiones? ¿Cuál es su oculto origen? Sería muy difícil establecerlo. A pesar de los hechos hay gentes que incluso rechazan la existencia de estos fenómenos que no dan la menor fe a lo que, con pedantería titulan divagaciones de espiritistas teosó-



fos y metapsíquicos. Sin embargo las observaciones y experiencias se multiplican de un modo asombroso.

Voy a exponer un caso de doble premonición. Se trata de la hecha por Sonrel al doctor Tardieu.

En el mes de noviembre de 1913, el doctor Tardieu, antiguo interno de los hospitales, médico asesor de la enfermería de Mont-Doré, vino a buscarme y me dijo más o menos esto:

—Ha llegado el momento. Debo exponerle los hechos siguientes que tienen relación con los asuntos que a Vd. le interesan. En 1869 yo salía del Observatorio de París. Nos paseamos juntos por el jardín de Luxemburgo cuando de pronto vi a Sonrel cambiar de rostro, caer en una especie de éxtasis, y decirme: "¡Qué extraño! Te veo en traje militar y contando dinero en un kepi. Vas en ferrocarril, ¡A Hirson? ¡A Sedán? ¡Oh pobre de mi patria! Pero yo también tengo un traje militar y vuelvo a París de oficial superior, pero muero a los tres días. Felizmente tú regresas a tiempo para que yo pueda confiarle mis criaturas".

Entonces lo paré y le dije: "Sueñas, vuelve en tí". Pero él me contestó: "¡No! No he concluido. Años, años todavía. Es la guerra, una gran guerra! ¡Qué de sangre, qué de sangre! ¡Oh Francia, mi patria, he aquí que eres salvada! Veo a Francia llegar hasta el Rhin. ¡Qué de sangre!"

Y bien: todas estas previsiones, relativas a los acontecimientos del año 1870, se han realizado y rigurosamente. Encargado de dirigir una ambulancia a fines de agosto de 1870, estaba obligado a llevar uniforme militar. Me encargaron el hacer una colecta en los bulevares a beneficio de los heridos. Después tomé el ferrocarril hacia una dirección que el comando mantenía secreta. Ya en camino, me puse a contar lo obtenido en mi kepi. De pronto, como uno de mis camaradas preguntara desde íbamos, yo respondí: "A Hirson, a Sedán". En efecto, como después lo supimos dirigíamos hacia esa zona. En cuanto a Sonrel, volvió a París algunos días antes del sitio como comandante de las oficinas militares, pero fue atacado inmediatamente por un acceso hemorrágico y murió a los tres días. Yo regresé a tiempo para recoger su último suspiro, formando parte del personal que traía heridos para internar. Me sintió caminar afuera de la habitación, y antes de verme exclamó: "¡Ahí viene Tardieu...". Así la predicción hecha para

